

El valor de las fuerzas hidráulicas en Costa Rica

“¿Qué podemos esperar de la iniciativa privada y de la del Gobierno á fin de que Costa Rica saque el mayor provecho de eso que los franceses llaman **La Hulla Blanca**?”



Don Manuel González Zeledón

Es todavía muy joven; hijo legítimo del inolvidable maestro don Joaquín González y de doña Jesús Zeledón. De inteligencia poco común, ha ocupado importantes puestos públicos en Costa Rica, entre ellos el de Director General de Estadística.

En la actualidad, y desde hace varios años, reside en Nueva York, en donde desempeña un empleo distinguido en una casa comercial de aquella gran ciudad.

INTRODUCCIÓN

Después del problema de la higiene pública, ninguno para Costa Rica de tan alto interés como el aprovechamiento de las fuerzas hidráulicas. Aquél tiende al objeto primordial de la salud pública (*salus publica suprema lex*), éste al de la riqueza pública provocada por el trabajo inteligente del hombre sano, en el aprovechamiento racional de todos los elementos naturales que lo rodean:—la tierra, el agua, el aire y el fuego,—en primera línea; los animales, los vegetales y los minerales, en segundo término.

Así como para el provecho del hombre, éste, ya en la altura de civilización que ha alcanzado y en la constante lucha á que la competencia lo obliga, se ve precisado á efectuar la transformación de los productos naturales que el salvaje toma y usa tal cual la madre común se los brinda, así también esa civilización y esa lucha le exigen la transformación cons-

ciente de los elementos naturales que son sus poderosos auxiliares,—y entre éstos, el AGUA, elemento indispensable de vida, de movimiento, de fecundidad y de progreso.

Este problema exige un libro para su planteamiento y desarrollo; debemos ceñirnos á las bases de este Certamen y así, sin sentar premisas, iremos de lleno á las consecuencias, y juzgando que de lo que se trata es de las AGUAS CORRIENTES, á éstas ceñiremos nuestro humilde trabajo, no sin advertir que á él no nos lleva el ansia de honores ni de premios, sino solamente nuestro constante deseo de ser útiles á la tierra que nos vió nacer y que en su regazo meciera nuestra penosa vida.

I

Costa Rica, si fuese idólatra, tendría tres dioses tutelares: el Dios de la Fecundidad de la Tierra, el Dios de las Aguas de Tierra y Cielo, y el Sol, que amoroso la baña con sus mejores rayos.

Habrà en el globo trozo de continente mejor favorecido? Todo lo tiene: altísimas montañas, ricas colinas, fertilísimos valles, inmensas praderas; ríos navegables, riachuelos que desde alturas prodigiosas, saltando de loma en valle y de valle en pradera, van formando amplias y poderosas cascadas, y numerosos vertientes y surtidores; los reinos vegetal y mineral repletos de riquezas que al ligero esfuerzo se brindan generosas; y por fin, habitantes de raza excepcional, encañados con el trabajo como única religión y con la paz como solo timbre de orgullo.

Y, sin embargo, preciso es confesarlo: el costarricense sufre el terrible castigo de Tántalo, la desidia que su misma falta de necesidades ha convertido en una segunda naturaleza,

le cubre los ojos y le impide ver el sazonado fruto que tiene cerca de su mano.

El costarricense, en general necesita ejemplo al alcance de los ojos. Es como niño mimado de casa rica á quien la imprevisión y el criminal abandono de los padres dejasen sin la saludable enseñanza del trabajo y á quien, muertos aquéllos y desperdiciada la cuantiosa herencia, no sabe cómo ganarse la vida. Todo lo espera este pueblo de su Gobierno paternal ó del extranjero á quien generalmente gufa un sentimiento egoísta. Así las cosas, tales cuales son, es imprescindible que el Gobierno acuda al llamamiento de la necesidad de la cual es cómplice. Principiaremos por él.

II

Dividiremos los deberes del Gobierno ó Municipio, ó lo que en su caso sea, en cuatro secciones, dentro de las cuales va también envuelta cada una de las obligaciones que tocarían al individuo: CONSERVAR, APROVECHAR, —DISTRIBUIR, INSTRUIR.

Conservar

A la "Suiza Centro Americana" como mereció llamarse Costa Rica por la configuración de su suelo y por sus bosques, ha logrado la imprevisión de sus hijos equipararla, en ciertas regiones, á los áridos campos que el inmortal Cervantes nos pinta en su inmortal Quijote.

Si el simple hábito de destrucción ha hecho en los valles de la antiplanicie central los destrozos de que á diario nos lamentamos y los ha efectuado á vista y paciencia de las autoridades, fácil será hacerse cargo de los que ese hábito, unido al mercantilismo desconsiderado y al abrigo de

la persecución fiscal, ha llevado á cabo en los bosques del litoral del Pacífico con la explotación abusiva de la riqueza que abundante encerraban. Han matado los costarricenses "la gallina de los huevos de oro" y los representantes de nuestra valiosa riqueza forestal han desaparecido de extensas regiones, quedando sólo los que la Naturaleza hizo brotar fuera del alcance del hacha de los explotadores.

La imprevisión, tantas veces origen de la ruina, ha contribuido al consiguiente lamentable estado de ciertas comarcas. Desde que en la administración del Lic. don Braulio Carrillo se dictó la previsoras ley que obliga á sembrar dos plantas cada vez que se corta un árbol, ley que puede asegurarse que jamás pasó de ser ley escrita y nunca cumplida, todos nos lamentamos de la destrucción constante de nuestros bosques y nos conformamos con profetizar los fatales resultados que habrá de acarreamos. Los Carrillos convertidos en Jeremías!

Y así han ido despojándose, uno á uno, los ríos de su sombra, las montañas de su verdura, los valles de su útil recurso; y como consecuencia natural, han desaparecido arroyuelos que ayer fueron torrentes; se han convertido en riachuelos de insignificante raudal, ríos antes caudalosos; las cimas y hasta las faldas de las montañas presentan hoy sus tierras desnudas al rayo abrasador del Sol; y los valles ya no pueden en el Verano sostener el exceso de humedad que la Naturaleza previsoras acumula en la estación de las lluvias.

Es preciso, á toda costa, sin tardanza que sería criminal y sin contemplaciones que serían cómplices auxiliadoras del delito, hacer algo que pare el golpe, haciendo cumplir las leyes que al respecto rigen, ora dictando las que nuestra propia experiencia y la de

otras naciones nos aconsejaren,—pero ante todo, llevándolas á una ejecución segura,—preocupándonos sinceramente por la resurrección de la moribunda riqueza que nuestra imprevisión ha derrochado tan lastimosamente.

Sin bosques no hay aguas, ni de la tierra ni del cielo; en el desierto de Sahara no llueve.

Conservar los bosques que aún subsisten, resembrar los que debieran ostentarse en las márgenes de arroyos y ríos, y sistematizar científicamente la explotación de aquéllos, es necesidad que se impone como absolutamente indispensable.

Hace apenas medio año que el Presidente de los Estados Unidos, país en donde las leyes se observan y respetan, convocó á todos los Gobernadores de los Estados de la Federación para tratar varios asuntos de interés general y entre ellos, el de la conservación de los bosques. Aquella asamblea llegó á conclusiones de altísimo interés que valdría la pena de que imitáramos.

Por otra parte, declárense *inalienables*,—dejándolas por ley expresa, de propiedad nacional ó municipal,—todas las cascadas, cataratas, chorros, etc., que aun no sean de dominio privado y aun procédase á la expropiación de las que la utilidad pública requiera, y ténganse con avaricia en manos de la comunidad para el común provecho. Será preciso reformar en ese sentido la Ley de Aguas, ó dictar una nueva, más conforme con el adelanto nacional y que tenga como objetivo, entre otros, el que dejamos apuntado.

Aprovechar

Puesto que la Nación está hecha cargo entre nosotros de darnos vías de comunicación, siendo ella la que construye caminos de hierro y carre-

teras, use para el servicio de aquéllos de la electricidad que puede obtenerse de la transformación de la abundantísima fuerza de las aguas que los ríos brindan á lo largo de las lúneas. Por ejemplo, para *electrificar* el ferrocarril al Pacífico, tiene á la mano una poderosa fuerza cerca de Los Anonos, otra en el Puente de las Mulass, otra en El Brasil y los Ojos de Agua, varias más en el Río Grande y en el Río de la Barranca.

La contextura de nuestro suelo, suave y esponjoso, y la fuerza y tenacidad de nuestras lluvias, agregadas á la forma especial que es preciso dar á las yantas de nuestras carretas para vencer los grandes declives, son causas eficientes de la pésima conformación y conservación de caminos y carreteras nacionales y vecinales.

No es preciso entrar en operaciones aritméticas para demostrar que la conservación de una carretera, en mediano estado de servicio, cuesta muchísimo más que la conservación, en buen estado, de una línea de tranvía. Los estudiantes de Ingeniería Eléctrica saben eso desde el segundo año de sus tareas escolares y el Sentido Común tiene cátedra abierta á diario para esas enseñanzas. Pues bien, *electrifíquense* también las carreteras aprovechando para producir la corriente eléctrica de los tranvías, todos los saltos, cataratas y rápidos de los ríos por donde aquéllas circulan. En los Estados Unidos del Norte, especialmente en los Estados del Nordeste, no hay camino público que á su lado no ostente la línea de tranvía, á pesar de que allí, en los más de los casos, es preciso producir la fuerza eléctrica por medio del vapor, empleando carbón de piedra que es cien veces más costoso que la caída de agua.

A fines de marzo pasado, un ingeniero norteamericano á quien acom-

pañábamos en su viaje de Limón á San José, al contemplar los torrentes del Reventazón, nos decía suspirando: "Cuánta riqueza desperdiciada, cuánta fuerza sin empleo; en Wall Street no hay dinero bastante para cubrir ese derroche; con unos cuantos de esos rápidos, la Compañía del Ferrocarril podría mover diez veces más trenes que los que hoy mueve á tanto costo".

El ilustrado viajero no exageraba. El beneficio que la Nación ó los Municipios obtendrían del aprovechamiento científico de esas fuerzas, sería muy pronto manifiesto y el ejemplo saludable cundiría desarrollando la iniciativa particular.

Como una muestra de lo que la fuerza de agua abarata el trabajo, tenemos hoy en Costa Rica las grandes instalaciones de las Compañías de Tracción y Luz Eléctrica y algunos beneficios de café, manufacturas y aserraderos y es inexcusable que permanezcan aún á la vera de las poblaciones, chorros de agua y cataratas sin empleo, cuando continúan importándose costosas y dispendiosas máquinas de vapor para productoras de fuerza motriz.

Con frecuencia vemos que los beneficiadores de café que usan el vapor como motor de sus maquinarias, pasan por alto el aprovechamiento de las pajas de agua que á gran costo y con enorme sacrificio conducen hasta sus patios para el lavado del grano y que con escaso gasto podrían utilizar aunque no fuera más que para producir el alumbrado de sus casas y edificios.

Para el alumbrado de las poblaciones, tanto el público como el privado, á ejemplo de la instalación que la ciudad de San José proyecta y que pronto llevará á cabo, también deben los municipios aprovechar sus respectivas corrientes de agua.

Y en ese camino, mil y mil aprovechamientos de verdadera utilidad pública, que fuera largo enumerar y que están al alcance de todas las inteligencias.

Distribución

Establecidas por cuenta de la Nación ó de los municipios las respectivas instalaciones, pero no ceñidas solamente á la satisfacción de una especial necesidad del momento, sino aprovechando toda la fuerza de que pueda disponerse, les quedaría un sobrante que deberían poner á la disposición de los industriales del vecindario, á precio que permita á éstos su uso con ventaja; y entonces veríamos multiplicarse las industrias y sería un hecho el aprovechamiento de tantas valiosas materias primas que hoy ó exportamos con escaso lucro para importarlas después á altísimo precio ó dejamos perderse por falta de elementos baratos para su transformación ó de medios rápidos y poco costosos de transporte. Al lado de la fuerza que mueva la maquinaria industrial, el vehículo empujado por la electricidad. Músculo y transporte baratos, es decir: más de la mitad de los elementos necesarios de progreso.

Hierro y carbón de piedra son las bases de la riqueza británica, sea el agua la que nos traiga abundancia y bienestar.

Mediante un inteligente estudio de cada caso, concédase á título oneroso ó gratuito pero siempre con restricciones de tiempo y cantidad, el uso de las corrientes de agua que la comunidad ó la Nación no aprovechen y así se prestará el servicio de esa riqueza á quienes la van á explotar en su propio beneficio que se refleje en el bienestar general; y cesará para siempre el doloroso espectáculo de tanta fuerza perdida, de tanta energía des-

perdiciada, de tanto aliento vagabundo estacionados, ora por la desidia de su dueño, ora por la avaricia de su propietario, ora por el egoísmo cruel del competidor.

Y allí á donde no pueda llevarse el alambre conductor por la lejana distancia ó á donde la Naturaleza ó la escasez de medios no permitan el implantamiento de estaciones productoras de electricidad, véndase ésta acumulada, es decir *embotellada* y aplíquese al automóvil que suplantará con ventaja á la carreta; al trapiche que dejará mayor rendimiento que la yunta de bueyes; al despulpador, á la desgranadora, á la sierra y en fin, hasta á la máquina con que se gana la vida la pobre costurera y á la moladora de maíz que desloma á la sufrida campesina.

Con los mismos benéficos fines con que se han decretado primas para impulsar los cultivos de cacao, de caucho y de otros productos y la importación de buenas razas de ganados, deberían decretarse iguales estímulos para los sembradores de bosques que abriguen manantiales, arroyuelos y ríos y para los que ejecuten obras importantes de aprovechamientos de aguas, y con este último fin, debería apoyarse á la iniciativa individual con la exención de derechos nacionales y municipales que pudieran pesar sobre dichas obras y darse entrada libre de aduana, muéllaje y demás cargas, á las maquinarias, los útiles y los enseres que con ese objeto se importen, y aun si fuere el caso, como se hizo con las ratoneras cuando nos amagaba la peste bubónica, impórtense por la Nación esas maquinarias, útiles y enseres y véndanse al costo para generalizarlos y para vulgarizarlos haciéndolos conocer objetivamente, hoy que nos amaga también la peste de la miseria.

Instrucción

Preciso será, para que todas esas que pudiéramos llamar teorías lleguen en no lejano día á convertirse en prácticas saludables, que se proceda inmediatamente á la siembra y cultivo de las ideas que ellas encierran, en todos esos fecundos campos que se llaman escuelas.

Enséñense en las escuelas elementales de las ciudades y de las villas y de las aldeas, todas y cada una de las fuerzas palpitantes y vivas que encierra una corriente de agua, y cómo esas fuerzas son fáciles de aprovechar y de obligarlas á prestarnos sus valiosos servicios. Preséntese al niño, al joven, al hombre maduro y aun al viejo, sencillas y tangibles, las demostraciones de esa verdad, por medio de aparatos, de máquinas, objetivamente. Y la conferencia del experto, la cartilla del perito, el folleto del sabio, distribúyanse á manos llenas; generosamente; henchidos en enseñanza interesante, libres de arideces y de desplantes literarios, en lenguaje sencillo, vulgar, al alcance de todo el que sepa leer, cuajados de ejemplos, ilustrados con figuras demostrativas, atractivos, amenos, incitantes.

Hágase luz sobre cada problema que á cada pueblo especial interese resolver y con vulgarísima enseñanza llévesele de la mano á la deseada solución.

Familiarícese al aldeano con el "caballo de fuerza" como hoy se le familiariza con el "caballo de carga"; muéstrase al joven que un hilo de agua es más pujante que una yunta de bueyes; pruébese al hombre maduro que la catarata no sirve sólo para

almorzar á su vera, contemplando entre trago y trago los arco iris que sus plumas de agua forman en el espacio, sino que encierra energías y alientos poderosos que bien empleados le enriquecerían para seguir almorzando ópíparamente todo el resto de su vida; y en fin quítese al anciano la benda de la nostalgia del *tiempo pasado*, que él conceptúa mejor y hágasele ver que la Civilización es el gran tirano que no permite ya á los ríos esplayarse á sus anchas, ni á los torrentes desmenuzar escandalosamente piedras y troncos en las montañas; ni á la humilde acequia pasar vagabunda emporcándose con la mugre de las ropas sucias, sino que exige de todos ellos el trabajo rudo de la *rueda*, de la *turbina*, del *ariete*, para que él y sus hijos descansen y para que sus nietos gocen, como hombres y no como bestias, de las satisfacciones de la vida y de las legítimas glorias de la naturaleza. ¡Que ya el ingenio humano ha indultado al hombre de la parte de sudor, en la pena que Dios le impuso al arrojarlo del Paraíso!

El Gobierno, el Municipio, la Escuela, en íntimo consorcio: el uno iniciando, el otro realizando, la última afianzando y todos de consuno haciendo que Costa Rica despierte á una nueva vida de vigoroso esfuerzo, antes que naciones más pobres, menos privilegiadas, pero más activas y más previsoras le ganen en ese otro brillante Certamen abierto por Dios á todos los hombres de buena voluntad y en el que el tema es: PROGRESO; y el premio es: HONRA Y PROVECHO!

San José, 12 de mayo de 1909.

LUCEM ASPICIO

Poema del Agua

"Nada mejor que el Agua"

PINDARCO.

Le doy, ¡oh caminante!, cuando la sed te abruma,
—el agua dijo alegre— frescura á tu garganta,
refresco de las aves la seda de su pluma
y en las riberas más yo bordo con mi espuma
tejidos de colores cuando mi lira canta.

Soy grito y soy arroyo, quietud y movimiento,
arrumbo á las llanuras para buscar descanso,
retozo entre las quiebras y canto con el viento,
reflejo en mis cristales el vasto firmamento
y acorto mi carrera tornándome remanso.

Yo soy el alma errante que alegra la llanura,
yo tengo regocijos, también alzo querellas;
con saltos de gimnasta desciendo de la altura
bañando el musgo verde que alfombra la espesura
y tiembla en mis entrañas la luz de las estrellas.

Derramo en las campiñas de perlas un derroche
y en medio del silencio soy arpa vibradora;
ensayo mis orquestas de liras en la noche
y se abren mis espumas como luciente broche
que esmaltan los matices cambiantes de la aurora.

Y dijo el caminante cargado de fatiga:

—Mi buena compañera que cantas en la gruta,
tú esmaltas con aljófar el oro de la espiga,
tú fuiste en mis pesares mi placentera amiga,
tú fuiste un regocijo vibrando por mi ruta.

Como cristal precioso para el camello nubio,
resurges en los oasis, allá entre las cisternas;
te rizas bajo Sirio como penacho rubio,
tus ánforas se abrieron á la hora del diluvio
y pulsas en los mares tus cítaras eternas.

—Cansado peregrino de faz rugosa y grave,
pondré de mis frescuras entre tu copa amarga;
en cada nota fuerte y en cada nota suave,
imito la tormenta ó la canción del ave;
escúchame y extingo la pena que te embarga:

Conmigo se nutrieron los viejos trogloditas
y vi la marcha luenga de cien generaciones;
en una roca estéril brindé á los israelitas
mi líquido diamante y vi las infinitas
carreras luminosas de mil constelaciones.

Yo vi con las pupilas azules de mis lagos
dos pueblos consumidos por torpes liviandades;
las grandes hecatombes de Romas y Cartagos;
yo sé de las grandezas caídas en estragos,
y oyó la voz de Cristo mi limpio Tiberiades.

No llores, peregrino; la ruta de la vida,
si así lo quiere el hombre, es larga y dolorosa,
en cada desengaño recibe ingente herida
y en tanto que Natura al goce lo convida,
le ofrece diez espinas debajo de una rosa.

Pero esa madre huraña te brinda su regazo,
te cura de las hambres, minora tus reveses;
con ella estás unido por un eterno lazo,
si sufres te consuela con amoroso abrazo
y pone ante tu vista la ofrenda de sus mieses.

No llores, caminante; yo soy también ofrenda
que brota hecha burbujas del vientre de las rocas;
asciendo hasta tus labios y cruzo por tu senda;
yo mido las jornadas del nómada sin tienda,
y apago las sequías de las sedientas bocas.

Por mí sazona el fruto y el campo reverdece
y torno vigoroso el árbol más remiso;
por mí la espiga rubia y el nardo que florece:
encima de mis ondas la lumbre se estremece,
y en mí se vió mas bello el rostro de Narciso.

Por mí la vuelta al mundo del bravo Magallanes;
Colón hizo su ruta encima de mi espalda
hasta salvar la cima de todos sus afanes;
corono la cabeza senil de los volcanes
y visto las llanuras con frondas de esmeralda.

Besé con mis espumas el cuerpo de Afrodita
y puse mis halagos sobre su piel de seda;
cincelo en tre las rocas la extraña estalactita.
conozco hasta el retiro del grave cenobita
y fuí propicia á Júpiter para acercarse á Leda.

Tornada en blanca nieve las cúspides perfilo
y salvo las alturas en alas de la nube;
allá en la ardiente Nubia fundé el sagrado Nilo,
recorro toda Menfis y al piélagos desfilo
y el cuarzo de mis hielos hasta los Alpes sube.

Mi génesis se oculta en el pasado incierto:
mi fuerza es poderosa pues nada la restringe;
yo tengo quien me implore: las voces del desierto,
yo tengo un gran enigma: las aguas del Mar Muerto,
yo tengo quien me aclame: la boca de la Esfinge.

Allá, sobre el picacho de la montaña agreste,
en la quietud perpetua de la gigante cumbre,
semejo un nimbo blanco, á veces blanca veste,
que lucen las alturas de ciclada celeste;
en mí se quiebra el rayo de fúlgida vislumbre.

Asalto las honduras y llego á las aldeas
y voy de campo en campo midiendo los confines,
rimando mis canciones, luciendo mis preseas;
á veces me desbordo, — tal lo hacen las ideas, —
y atrueno los abismos con todos mis clarines.

El Niágara es la trompa que canta mi grandeza
y desde el Sur responde la voz del Tequendama;
me enturbio y me retuerzo con bárbara fiereza
tornada en Amazonas. Yo soy naturaleza +
que en líquido brillante vibrando se derrama.

Bajo el calor del Asia yo vi los elefantes
llevando á los califas sobre sus lomos pardos,
y vi las caravanas, con mirras y diamantes,
en marchas fatigosas á tópicos distantes,
mi Ganges domestica panteras y leopardos.

No hay nada comparable con mi cristal sonoro
si lanzo mis turbiones bajo el fulgor de Osiris;
mis ondas se levantan para cantar en coro,
entonces las estrellas me dan sus besos de oro
y frente al sol enarco la majestad del iris.

Soy fuerte: yo desraigo los más enhiestos robles;
soy ritmo: doy al aire mis salmos y repiques;
soy buena: soy el néctar de parias y de nobles;
soy brava: en los peñascos asesto mis mandobles
y doblo mis pujanzas para romper los diques.

Y prosiguió el errante con alma conmovida:
—Yo fuí hasta los dominios del Bósforo y el Sena
y al claro San Lorenzo lo vi soltar la brida,
allá dejé la pena profunda de la vida
y á tus cristales vuelvo porque tornó mi pena.

Escúchame, buena agua: erré por todo el mundo
en busca de bondades, ¡en vano, y no te asombres!
De niño fué mi canto sereno y fué jocundo,
después la humana estirpe me dió pesar profundo
al ver cómo me hería la saña de los hombres.

Limpia agua, tú eres buena y á tu bondad me acojo,
me acerco á tus orillas para pedirte calma;
en la presencia tuya de penas me despojo
y si mi labio ardiente con tus frescuras mojo,
penetran las frescuras á refrescarme el alma.

El agua dijo entonces: Las ondas me desgarró
al escuchar, viajero, la pena que te abruma.....
Yo tengo una tristeza: mi detención, el barro;
para gemir dispongo los líquidos del Darro,
para cantar, el Duero, para reír, mi espuma.

El sol dora las liras que entonan mis cantares,
de seres no nacidos en mí palpita el germen,
agrandando en mis espejos los bosques seculares,
arrullan lo infinito las olas de mis mares,
Sodomas y Gomorras en mis entrañas duermen.

Hermana de la tierra, há tiempo que la ciño,
con ella voy en viaje al rededor *del astro*;
encima de sus hombros soy clámide de armiño;
á veces sus estepas fecundo con cariño
y en el azul despliego banderas de alabastro.

Como una mano abierta se extiende á mí el Sahara,
me piden sus simunes la ofrenda de mi lluvia;
yo nunca di mis besos al árido Karnara
y nunca di las perlas de mi llovizna clara
al viejo desamparo del arenal de Nubia.

Viajero, dijo el agua,—mi cuerpo cristalino
habrá de acariciarte con amoroso abrazo;
arrójate á mi seno y así tu obscuro sino
tendrá en mis hondonadas un lecho coralino
y dormirás cien lustros tendido en mi regazo.

El triste caminante oyó la voz *extraña*,
oyó la voz amiga de aquel ofrecimiento,
nacido en lo más hondo de la movable entraña
del agua fugitiva que hundióse en la montaña,
riendo con su espuma, cantando con el viento.

(MATER NATURA.)

Palabras de la Momia

Poema indígena

Oye, viajero de la vida, ¿las ruinas te han hablado del desfile perenne de los años y de las cosas idas?

Todos los seres muertos tienen un lenguaje elocuente y sabio, misterioso y profundo, el cual habla directamente al pensamiento—son las voces de las almas errantes.

Un ídolo viejo y deforme me contó, con su lenguaje de piedra, de una raza vencida, y una indígena momia, con munda elocuencia, me dijo sus secretos plenos de sabiduría y sentencias. Entonces el Tiempo parece que me hubiera hablado por boca del profeta Ezequiel aquella profecía:

“Y sabrás que yo soy el Señor, cuando vuestros muertos estuvieren en medio de vuestros ídolos al redor de vuestros altares, en todo el collado alto, en todas las cimas de los montes y debajo de todo árbol frondoso, lugares en donde encendieron inciensos olorosos á todos sus ídolos.

Y extenderé mi mano sobre ellos; y dejaré la tierra desolada,.....”

Llegué á la tumba ornada por la yedra
que mece el viento vago,
y levanté la carcomida piedra
en donde el tiempo cinceló su estrago;
como dormida y ensanchada oruga,
hallé la momia secular y seca,
con signos de vejez en cada arruga,
sobre su faz una espantosa mueca;
así la interrogué mientras caía
el ópalo del Sol en el ocaso,
—era el momento postrimer del día
y el éter limpio semejava raso:—

¡Oh, momia, momia antigua! Escucha y dime
 tú que viste pasar, como vestiglos,
 bajo el zafiro cóncavo y sublime,
 las sombras de los siglos,
 en marcha con los años
 encima del camello de los días
 por el triste arrenal de los segundos,
 ¿no viste discurrir, como rebaños,
 á los hombres en busca de alegrías,
 soñando con la dicha de otros mundos?

Aquí vengo á buscar, ¡ardiente anhelo!
 el arcano del hombre y de las cosas,
 el secreto profundo de la vida.

Momia, háblame del cielo
 cuyas pupilas de sidérea lumbre
 extienden su mirar sobre las fosas,
 —crisoles de la humana podredumbre—
 en donde se convierte en frescas rosas
 la materia, ya el alma desprendida.....

Hermana de la momia de Sesostris,
 cuya tumba de piedra baña el Nilo,
 refiéreme la historia
 de tu vida de luz ó acaso negra.

¿Tu Dios fué el Sol? ¿Amaste el cocodrilo
 como el hijo de Osiris? ¿Y la gloria?

Mas ¡ay! la soledad sólo te alegra
 en esa vida inerte y transitoria.

¿Cuál fué tu origen? Pergamino humano,
 anhelo que me expliques
 la clave de tu vida y de tu alcurnia;
 infiero que tú fuiste un soberano
 portador del blasón de los caciques
 de aquella estirpe brava,
 de aquella raza fuerte
 que en su solar salvaje, antes que esclava,
 echóse en los abismos de la muerte.

Y tú que yaces en silencio y sola
 en esa tumba vacua,

ansío que me narres la leyenda
del épico momarca del *Sixola*;
refiéreme la bárbara contienda
del altivo cacique de *Pacacua*
hecho un Aníbal en su liza horrenda.

Refiéreme también, antes que vuelva
mi espíritu al dolor, al ser la noche,
el idilio de mozos montaraces,
señores de la selva,
donde abren las parásitas su broche
y afinan sus arrullos las torcaces;
de mozos ataviados con las plumas
de extraños colibríes;
de mozos recios y de faz alegre
acostumbrados á vencer las pumas
en las quiebras sinuosas de *Savegre*;
anhelo que me digas
del canto de tus ritos en las siembras
y del sagrado culto á las espigas;
de la gracia, sin arte, de las hembras
que fueron á danzar á tu cabaña,
también de los pasados terremotos
que hicieron agitarse la montaña
y huír á los *Vicetas* y á los *Bolos*.

Humano pergamino, momia antigua,
torna á bañar en luz tus muertos ojos,
deja del bosque la penumbra exigua,
vuelve á la vida á contemplar los rojos
crepúsculos del Sol—tu Dios sublime,—
á quien fuiste á invocar á tus verjeles.

Desata ese vendaje que te oprime,
enfrentate de nuevo á la existencia
con la fuerza vital del movimiento;
que surjan tus palabras en tropeles
y denme claridad al pensamiento,
como aroman los mirtos y claveles
y los frescos nenúfares el viento.

Antes que Venus en las sombras abra
 su pupila de luz, sobre las lomas,
 ¡habla, háblame.....!

Habló la momia y dijo:
 "Atiende mi palabra....."

Habrás de oírme muchas. Cual palomas
 que fueran arrullando, en regocijo
 brotarán de mis labios,
 donde el silencio sus enigmas labra,
 graves y añosos, y por esto sabios:

De todo el campo que tu vista abarca
 y que doran del Sol los ígneos rayos,
 de toda esa llanura fuí monarca,
 soberano de miles de vasallos
 que supieron rendirme su obediencia,
 el oro de sus minas, sus caudales,
 las cobrizas mujeres virginales;
 y fué ruta de pompas mi existencia.

Yo vi una alegre fiesta de atabales
 echando sobre el céfiro epinicios
 ante el trono soberbio de *Ahuitzol*;
 presidí los sangrientos sacrificios
 en los templos alzados para el Sol.

Las plumas de las garzas y del *quioro*,
 la nota de las *quenás*,
 el dulce modular del *yaraví*
 que finge acentos de profundas penas,
 me dieron mis vasallos, y el tesoro
 mejor de *Tisingal* y *Quiribrí*.

Allí, sobre la vega de mis ríos,
 donde el agua despliega sus arrugas
 por esmaltar la planta de los prados,
 alzábanse palmeras y bohíos
 y surgieron caimanes y tortugas
 mientras iban en grupos los venados,
 como extraños fantasmas, en las sombras;

allí se alzó mi reino y poderío,
 allí junto al plantío
 de fértiles *yucales*
 que fueron mi regalo y mis alfombras.

Los cedros y cocales
 y la agreste frescura de la *tagua*,
 formaron mi dosel. El indio *nahua*
 llegó á rendir su culto al monolito
 que guardaba mis dioses de granito
 y el ídolo simbólico del agua.

Si no tuve la púrpura de Tiro,
 ni corona de perlas y amatistas
 que al mismo Salomón envidia diera,
 en la selvosa paz de mi retiro
 tuve sabios, indígenas artistas
 para esculpir mi trono y mi litera.

Yo tuve mil flecheros
 no vencidos jamás en cien campañas.
 ¡Magníficos arqueros!
 Sus flechas nunca erraban y con ellas
 hubieran traspasado las entrañas
 de la nube y hendido las estrellas.

Mi Dios fué el astro de fulgores grandes
 que dora mieses y almibara piñas
 y el oro cuaja en las ardientes zonas;
 la cumbre, de su altar fueron los Andes;
 él tuvo por brocados las campiñas,
 un Niágara cantor y un Amazonas.

Yo fui aquel *Suerre* de mirada franca
 y músculos de roble,
 siempre bizarro en la salvaje pista
 del llano hasta la sierra;
 yo ví la rebelión de *Talamanca*
 y erguirse á *Quepo* como un héroe, noble,
 ante el bravo español de la Conquista.

Yo supe dominar siempre en la guerra;
 en el altar del Sol puse trofeos
 ganados triunfo á triunfo en mis campañas;
 al pie de aquel palmar tuve torneos
 de diestros tiradores. Las montañas
 supieron de mi gloria
 y del viejo peñón de mis recreos:
 pregúntales, si anhelas, por mi historia.

Calló por un momento
 la momia, semejante á un pergamino
 su faz, rugosa y seca;
 osó ensayar un raro movimiento
 á modo de una mueca;
 á escucharla de nuevo me previno,
 y así me habló:

—Soy un impulso vano
 contra la ley que da distintas formas
 á todo lo que existe;
 inútil es que el hombre, con su mano,
 ose torcer las invariables normas
 de Natura. ¡Mezquino anhelo triste
 del humano linaje, en su miseria,
 es trazarle otra ruta á la materia!
 Mi cuerpo, ya marchito,
 simboliza no más que el loco intento
 de la humana y estéril impotencia
 enfrentada á la ley del infinito.
 ¡Cuán mísero es mi añoso estancamiento!
 Fué un lampo mi existencia,
 hoy soy no más que fuerza detenida
 por la humana soberbia en sus afanes
 de erguirse ante la muerte que la abruma!

Evolucionar siempre, eso es la vida:
 hoy nectario de frescos tulipanes,
 mañana sangre de águila atrevida
 ó rizo de carmín sobre la espuma.

¿A qué vivir así? ¡Trunca la marcha,
opresa en mi vendaje!
Anhele ser aroma del boscaje,
molécula de escarcha,
savia de lirio, loto de alabastro,
un rayo de fulgores siempre en viaje,
centella de oro, ó corazón de un astro.

El hombre es muy pequeño,
son grandes sus dolores y ansiedades,
y es su fuerza motriz la inteligencia;
inútil es su empeño
de quererse enfrentar á las edades
armado, ante la muerte, con la Ciencia.

¿En dónde está mi imperio,
mi trono y mi riqueza?
¿En dónde la victoria de mis clavas?
Todo yace en la tumba del misterio:
mis ídolos sagrados, mi riqueza,
mis tribus y las vírgenes esclavas
cuyos brazos pusieron en mis hombros,
cayeron á ese vasto cementerio,
cayeron, de su sér, á los escombros! —

Inquieto vendaval, con furia extraña,
fingió una carcajada en cada tronco;
y luego resopló entre la maraña
con fuerza de tritón su trompa fuerte,
y de la selva, en la salvaje entraña,
brotó un estruendo bronco,
¡simulando una burla de la muerte!

Un pájaro zahareño
moduló una romanza placentera;
siguió la momia su profundo sueño;
le puse alas de luz á mi quimera
y fué como un fulgor aquel ensueño.

Explicación de las dicciones indígenas comprendidas en el poema anterior.

Sixola.—Nombre de un cacique de Talamanca. Hoy lleva ese nombre un río de aquel lugar.

Pacacua.—(Hoy Pacaca por corruptela). Nombre de un cacique belicoso, cuyo lugar de residencia fué la antigua Tabarcia.

Savegre.—Antiguamente, campos que se extendían al Sur de Cartago, hacia el Pacífico; hoy se dedomina así un río que desemboca en el citado Océano.

Vicita.—Nombre de una tribu de Talamanca, en el valle de Tarire.

Botos.—Nombre de una tribu que habitó la cuenca del río Pocosol, hacia el Atlántico.

Ahuizotl.—Nombre de un legendario cacique *pipil*, famoso en Centro América indígena.

Quioro.—Curré. "Ave de la familia de los tucanes, eminentemente tropical y sólo habita en América." (Gagini).

Quena.—Especie de flauta indígena; voz aceptada en el léxico español.

Yaraví.—Canción indígena, melancólica y dulce. Esta dicción consta en el Diccionario de la Real Academia Española.

Tisingal.—Nombre famoso de una legendaria mina de oro, cuyo lugar se ignora aún.

Quiribrí.—Nombre indígena de la Uvita. Fray Bartolomé de las Casas describe esta isla así: "Parece un verjel deleitable; el aspecto de los naturales que andan vestidos y con águilas de oro al cuello, los muchos animales raros que allí vimos, fueron otros tantos motivos de admiración para los descubridores."

Tagua.—Planta tropical, propia de las costas; sus hojas son semejantes á las del plátano, pero más resistentes. Los indios las utilizaban para envolver los cadáveres y para techos de las viviendas.

Nahua.—Así se denominó una tribu de indios.

Suerre.—Este fué el nombre de un famoso cacique, dueño del lugar en donde Anguciana de Gamboa fundó la ciudad de Castillo de Austria; con ese nombre se conoció antiguamente el río que hoy se llama Pacuare.

Talamanca.—Nombre de la extensa región comprendida desde la cordillera del mismo nombre, hasta el Atlántico. Las tribus que poblaron esos campos fueron siempre irreductibles para los españoles de la conquista y allí sufrieron éstos varios desastres, sobre todo, Diego Gutiérrez.

Quepo.—Belicoso y valiente cacique de Talamanca, el cual dió muerte á Fray Juan Pizarro.—L. CH.

Los Carboneros

"Van cantando por la sierra,
con honda melancolía,
unos cantos de mi tierra
cuando está muriendo el día".

Son dos. Uno es fornido, de ojos pardos,
de recias formas y de voz extraña,
cuenta á lo sumo veinte primaveras
y tiene doce de llenar los fardos
en un fresco rincón de la montaña
al despertar las aves mañaneras;
el otro es como un roble, ya vetusto,
p-ro en su cuerpo sanidad se advierte,
sus labios son como narcisos rojos,
ancho de espaldas y de pie robusto;
el trabajo sin tregua lo hizo fuerte
y la honradez dulcificó sus ojos.

Son felices. La paz los acompaña
allá junto á la antigua carbonera
cuando luce su túnica la aurora,
descienden por la tarde á su cabaña,
la cual ostenta verde enredadera
donde la brisa de los campos mora.

Son felices y buenos y lozanos;
conocen la quietud de los cortijos
y la frescura de las gratas chozas;
ellos conquistan con sus burdas manos
el bien habido pan para sus hijos

y el no lujoso ajuar para sus mozas;
ellos saben los íntimos placeres
que brindan las faenas del trabajo
y las benignas horas de la tarde;
ellos saben amar á sus mujeres,
ellos saben triunfar en el destajo
y afrontan los peligros sin alarde.

Discurrén por las anchas avenidas,
vendiendo su carbón, en los poblados;
llevan de diestro las greñudas jacas;
sus sienes, por el sol, van encendidas,
sus dedos por el cisco, van manchados.

Su riqueza la cifran en dos vacas,
un pedazo de tierra de plantío
que protege del viento la pradera,
sus niños, sus esposas, el bohío
y el campo de labor: la carbonera.

Preparan el carbón para el consumo
del bien provisto hogar de las ciudades,
allá donde las aves de alto vuelo
van á posarse, allá se yergue el humo
de sus quemas, allá en las soledades
que casi tocan el turquí del cielo.

Descienden, van cantando; sus pupilas
resumen la grandeza del paisaje
cuyo contorno abraza muchas leguas,
la tarde pone su color de lilas
en los sucios jirones de su traje
y en las revueltas crines de sus yeguas.

Sale á encontrarlos en la senda el alba
cuando van á sus rústicas labores,
en las alforjas el frugal almuerzo;
su planta fuerte las alturas salva
y allá, donde ellos riegan los sudores,
se doran las espigas de su esfuerzo.

Son hijos de las selvas, solitarios,
compañeros tranquilos de la nube,
amigos de la lluvia y de las rachas.

Ellos tumban madroños centenarios
y la canción de su trabajo sube,
con el himno sonoro de sus hachas
con el himno vibrante que se pierde,
á la manera de gallardo grito,
en el confin de la montaña verde
y en el eterno azul del infinito.

Nosotros, dicen ellos, no anhelamos
el enfermo placer de los pudientes,
ni sus viandas mejores, ni sus vinos,
trabajo y honradez son nuestros amos;
bebemos del frescor de las vertientes
que brotan con acentos cristalinos;
comemos el azúcar de la fruta
que sazona en el bosque de la sierra;
si viene la escasez no nos inmuta
mientras dé plantas nuestra madre tierra.

Por el curvo camino siempre vamos
sintiendo los más íntimos sosiegos;
el aura besa nuestros labios rojos,
nos dan aroma los silvestres ramos
y vemos, al pasar, á los labriegos
preparando, de nuevo, sus rastrosjos.

Hermano, —dijo el joven, — ¡qué amorosa
es la tierra! Ella oculta en sus entrañas
los *tucucos*, los *güísaros* y el *nance*,
los *toritos* pintados y la rosa,
los sonoros trigales y las cañas
que pone, con amor, á nuestro alcance.

¿Tenemos sed? Allí los manantiales
que bajan de las cimas á los llanos
y de estos á las queiebras de la hondura,
nos ofrecen con risas sus cristales,
nos ofrecen su líquida frescura. . . .

Hacemos una taza con las manos
para beber el vino de las rocas,
ese vino que amansa hasta las fieras:
venenosas serpientes y leones,
que van á refrescar sus bravas bocas,
después de recorrer las sementeras,
las extensas cañadas y playones.

¡Qué sabrosa es el agua en el camino
prolongado y polvoso. . . . Es fresca y rica,
al levantar su canto peregrino
las frondas de los árboles salpica!

Hermano, ¿no es verdad que en las ciudades
abundan las mentiras y los vicios
y faltan la verdad y las virtudes?

¡Qué diferente allá en las heredades!
ni los grandes, profundos precipicios,
amenazan jamás nuestras quietudes.

¡Qué diferencia de aire, de agua, todo,
sí, todo en las montañas es más puro:
la luz del sol, también los corazones,
hay nubes siempre blancas, menos lodo,
aquí el humano sentimiento es duro
y más negro, tal vez, que los carbones!

El otro dijo—Hay almas no raídas
por los vicios y engaños que señalas,
aquí también, más ellas son muy pocas. . . .

¿Has visto que las frutas ya podridas
contagian las demás? Rotas las galas
de la virtud. . . . ¡Callemos nuestras bocas!

Mira el sol, para todos es lo mismo,
iguales besos de fulgor envía,
como un padre colmado de bondades,
á los montes, al valle y al abismo,
al perfil de la enhiesta serranía,
á la huerta, al erial y á las ciudades;
para el buen sol no existen diferencias;

del Orbe, del Gran Todo, es la pupila
que gira en las astrales eminencias
y lo grande y lo mísero vigila.

Contempla ese gusano, entre las hojas
busca luz y calor. El sol no niega
la ofrenda de su amor al ser abyecto,
ni al alma que torturan las congojas;
madura la simiente, va á la siega
y mantiene la vida del insecto;
él baja hasta las cárceles obscuras,
alégranse con él los presidiarios
y pone su arrebol en las vidrieras;
por las tardes incendia las alturas;
desde el cenit se asoma á los usarios
y parece animar las calaveras—

Calló por un instante.

Un riachuelillo,
hilando espumas en su blanca rueca,
apareció festivo por la ruta
de aquellos dos felices.

Blondo brillo
de sol teñía la hojarasca seca,
la fronda verde y la silvestre fruta.

Y bajaban, bajaban el sendero
llenando de buen aire los pulmones;
era á mediados de pasado enero
al cubrirse de flor los marañones.

Yo los vi, desceñido el viejo traje,
los hombros anchos, las mejillas sanas,
los pies desnudos y venoso el brazo;
eran el alma viva del paisaje,
la nota alegre y buena, las lozanas
vidas del campo fresco.

En el ribazo
había paz, aromas de verbena

y mucha luz de sol en los confines
de aquellas montañosas serranías.

Sólo una cosa en mi trajín me apena,
—dijo el otro— ¡dejar mis *chacalines!*
Esos retoños son mis alegrías,
y su madre también!

¡Cómo arrebató
la fresca boca en flor del más pequeño,
cuando me dice con tenaz empeño,
á mi retorno del trabajo: ¡*Tata!*

Lo siento, cariñoso, en mis rodillas,
le doy un beso en su rosada boca,
no sé cuantos imprimo en sus mejillas;
el otro dice:— ¡ahora á mí me toca!—
y siento que renacen más cariños.

Esas vivientes y queridas flores
me cubren de esperanzas la existencia;
la gloria de la tierra son los niños,
con ellos se disipan los dolores,
pues nos dan, si sufrimos, resistencia—

¿Y mi esposa? Jamás en el contorno
que pude recorrer en mis faenas,
hallé otra que tuviera ojos iguales;
qué dulce me recibe á mi retorno,
más dulce que la miel de los panales,
¡es siempre candorosa y siempre buena!—

Ella pone dulzuras en mi vida,
ella me colma de placer y calma,
ella guarda mi hogar con sus virtudes
—¡nunca tardes!—me dice conmovida,
si voy á la ciudad. Me llena el alma
de grata placidez y de quietudes—

Tornaron los tranquilos carboneros,
después de recorrer bastantes leguas:
era el momento de apagarse el día

Tornaban con semblantes placenteros,
iban en pos de las vetustas yeguas
musitando canciones de alegría,
en tanto que cantaban los *cuyeos*
echados á la vera del camino,
sobre la hojosa y resequida alfombra;
un astro principió sus parpadeos,
murmuraba el arroyo peregrino
y envueltos en los pliegues de la sombra,
llegaron á la plácida cabaña
que tienen como un nido en la montaña.

SILVANO



A París

Toda familia en la que el marido se complace con su mujer y la mujer con el marido tiene asegurada para siempre su felicidad. (Código de Manú, libro V).



Don Carlos Gagini

Nació en esta capital el 15 de mayo de 1865 y fueron sus padres don Pedro Gagini y Doña Emerenciana Chavarría. Ha desempeñado los siguientes puestos: profesor en el Instituto Nacional y Colegios particulares cuando tenía 17 años. A los 20, profesor en el Instituto Universitario y Director de la Escuela Central de Alajuela. En 1887 (22 años) Inspector de Escuelas de Alajuela, y desde esa fecha hasta 1893 profesor de literatura en el Liceo de Costa Rica. En 1893 y 1894 Director del Instituto de Alajuela; de 1895 á 1899 Director del Liceo de Costa Rica. De 1899 á 1903 profesor en el Colegio Superior de Señoritas; de 1904 á 1907 Director del Liceo Santaneco (República de El Salvador); 1908, Subsecretario de Instrucción Pública; en 1909, Director del Liceo de Heredia, puesto que desempeña actualmente.

Miembro de la Asociación de Escritores Españoles, de la Academia Geográfica y de la de Paraná (Brasil), etc. Ex-redactor de *Costa Rica Ilustrada*, de *El Maestro*, de *Psicodidaxia* y actual redactor -ad honorem- del *Educador Costarricense*.

Es autor de 10 ó 12 obras; tiene en preparación una *Psicología* y un curso de *Filología* y un poema titulado *TICO*, que escribe para *Páginas Ilustradas*.

Para el teatro ha escrito varias piezas que han subido á escena con buen éxito.

Los contornos de árboles y edificios se esfumaban en la niebla de aquella melancólica tarde de Octubre. Los coches parados en frente del andén parecían restos informes de embarcaciones sumergidas en un mar de almidón. Bajo la ahumada galería de la Estación del Atlántico conversaban varias personas, volviendo de cuando en cuando la cabeza hacia el Este, cual si quisiesen traspasar con sus impacientes miradas la vaporosa cortina que interceptaba la vía.

—Las cinco y cuarto, y todavía no se oye el tren—dijo un joven moreno y simpático, retorciéndose el bigotillo negro con esa vivacidad peculiar de los hombres de negocios.

Habría ocurrido otro derrumbamiento en las Lomas?

—No, respondió un caballero de patillas grises, pulcramente vestido: acaba de decirme el telegrafista que el tren salió ya de Cartago. No debe de tardar."

Y como si estas palabras hubieran sido una evocación, resonó ya cercano el prolongado silbido de la locomotora, y un minuto después la panzuda y negra máquina hacia trepidar el suelo, atronando la galería con sus resoplidos y con el rechinar de sus potentes miembros de acero. El tren se detuvo. Un torrente de viajeros se precipitó de los vagones: excursionistas con morrales y escopetas; negros y negras con cestas llenas de piñas ó bananos; jornaleros flacos y amarillentos, que volvían á sus casas, carcomidos por las fiebres de Matina; turistas recién llegados, en cuyas valijas habían pegado sus marbetes azules, blancos ó rosados todas las compañías de vapores y de ferrocarriles; marineros que venían á la capital á olvidar siquiera por un día el penoso servicio de á bordo.

El grupo que aguardaba la llegada

del tren se acercó presuroso á uno de los balconillos, sobre el cual acababa de aparecer un joven alto, delgado, de fisonomía franca y agradable, labios sensuales y ojos llenos de fuego. Vestía un largo gabán gris y llevaba en la mano un saco de viaje.

Cruzados los abrazos y preguntas de rigor, se dirigieron todos á los coches alquilados de antemano. El viajero ocupó uno con el joven de bigotillo negro, y en todo el camino no se interrumpió un instante su íntima y animada charla.

—Has visto á mi Luisito?

—He ido tres ó cuatro veces á tu casa, y tanto él como Adela están perfectamente. Y tú ¿has gozado mucho?

—Bastante, contestó el viajero suspirando; pero te confieso con sinceridad. Ernesto, que me he arrepentido de haber ido á Europa. Antes vivía yo tranquilo en este rincón, que era para mí el más bello de la tierra; pero después de haber pasado seis meses en un mundo tan superior en cultura y de una vida intelectual tan intensa, comprendo que ya no podré resignarme á vegetar aquí como en otro tiempo.

—La canción de todos los que van por *allí abajo*: se meten en trapicheos amorosos con alguna francesita pizpetera, y vienen luego á renegar de la tierra natal. Tú has tenido algún lfo, Federico, no me lo niegues."

El aludido iba á contestar, pero en aquel instante el carruaje se detuvo á la puerta de una casa de bonita apariencia. En el umbral estaba una joven morena, de ojos negros y rasgados, cuyo pecho palpitaba de emoción bajo la suelta bata blanca que dejaba adivinar un cuerpo bien modelado.

Tenía en los brazos un chiquitín rubio y regordete que tendía los suyos al recién llegado.

La cena fué bulliciosa y cordial; sin embargo, una leve nubecilla, que no pudo pasar inadvertida para la enamorada esposa, parecía sombrear la frente del viajero.

Retiráronse todos los convidados, menos Ernesto, que permaneció aún largo rato conversando con su amigo en un extremo del corredor. Aquella noche, cuando Federico y su hijo se hubieron dormido, la pobre Adela ocultó el rostro entre las almohadas para ahogar un sollozo.

Federico Alvarez había recibido de sus padres esmerada educación y de la naturaleza una aptitud no común para las bellas artes; desgraciadamente era este su único patrimonio, y para atender á sus necesidades materiales se vió obligado á dedicarse á los negocios, instado y ayudado por Ernesto Jiménez, antiguo condiscípulo suyo, hijo de uno de los más acaudalados comerciantes de Costa Rica.

Era ya socio de la casa Jiménez & Cía. cuando conoció á Adela Martínez, adorable criatura á quien asediaba un ejército de pretendientes. Más afortunado Federico, logró rendir aquel corazón inaccesible, y pocos meses más tarde la bendición nupcial consagraba la unión de los dos seres más enamorados y felices de la tierra.

Durante dos años su existencia fué un verdadero paraíso; pues no contenta la fortuna con haber derramado sobre ellos salud, bienestar y amor, colmó sus dones con un precioso chiquitín cuyos bracitos formaron nueva cadena de flores entre aquellas dos almas.

La primera nube que empañó el cielo de su ventura fué el inesperado viaje de Federico. Uno de los socios debía ir á Europa á hacer las compras directamente en las fábricas. Ernesto

estaba enfermo. Qué hacer? Los negocios no admiten demora. . . . No había motivo para afligirse tanto. Unas cuantas semanas pasan tan pronto. . . . Tontuela! "La separación es nuevo incentivo para el amor, y además, qué inefable placer el del regreso!"

Y amaneció por fin el día fatal: *ella*, ahogada en llanto, no pudo articular palabra; y *él*, al tratar de consolarla, lloraba también como un niño.

Mas ay! al volver, en aquella melancólica tarde de Octubre, sólo *ella* vertió lágrimas de gozo.

Con esa perspicacia natural de las mujeres en achaques del corazón, aguzada por la idólatra devoción que la costarricense profesa á su marido, comprendió Adela que Federico no era ya el mismo. ¿La encontraría fea y cursi, él, que se había codeado allá con tantas damas bellas y elegantes?

Era preciso luchar á todo trance con los recuerdos del distraído esposo, hacer que la imagen de su mujercita volviera á ocupar el santuario que la habían usurpado aquellas parisienses embadurnadas de colorete.

¿Cómo se cuidó en adelante de los detalles del peinado, del corte irrepachable del vestido, de los secretos del adorno puesto con estudiada coquetería! ¿Con cuánta habilidad fué sonsacando á su marido las cosas que más le habían agradado, los platos más sabrosos, el arreglo de los muebles, los refinamientos de la vida parisiense! ¿Cómo se coloreaban de placer sus mejillas cuando él consagraba un cumplido á la elegancia de su traje ó al arte exquisito con que disponía la mesa!

A mediados de diciembre anunció Federico á Adela un nuevo é inesperado viaje: la casa iba á entablar demanda contra una compañía francesa

y era preciso que uno de los socios dirigiera en París el litigio, pues no era cosa de perder así no más cien mil francos. Tampoco esta vez podía Ernesto encargarse de la comisión, pues su padre estaba gravemente enfermo.

La noticia fué una cruel puñalada para Adela. De manera que toda su paciente labor de reconquista iba á resultar estéril? ¿Volver Federico á París cuando aún no se habían borrado de su memoria aquellos malditos recuerdos ni de su frente aquella nubecilla que desesperaba á su afectuosa compañera! Un ominoso presentimiento la decía que esta vez iban á robárselo para siempre aquellas aborrecidas mujerzuelas. Pero ¿cómo impedir el fatal viaje?

Quedaba un recurso: ir ella y llevar también á Luisito

No, jamás se atrevería á proponérselo á su esposo: no eran ricos, y un viaje de algunos meses cuesta mucho dinero. Además, la estación no era la más propicia para ir á Europa, y la crudeza del invierno sería talvez mortal para el niño.

Y la pobre desde entonces vertió amargo llanto, y sólo tuvo un momento de consuelo cuando vió que su marido partía conmovido y lloroso. Benditas lágrimas, que fueron para ella un rayo de esperanza! Sus temores eran, pues, absurdos. *Ella* la amaba todavía

Nevaba.—Los carruajes que desembocaban sin ruido en la calle de Richer se detenían en el círculo luminoso que proyectaban los faroles de FOLIES BERGERES, para vaciar bajo la marquesina del teatro su cargamento de mujeres alegres.

De un cupé descendió una pareja que atrajo las miradas de todos los curiosos. *Ella* era alta, blanca, de pe-

lo castaño, hermosos ojazos pardos agrandados por rizadas pestañas, cuerpo airoso y andar de reina; él, bien formado, de rostro varonil, correctamente trajeado, pero con ese algo indefinible que en París delata á la lengua al forastero.

Así que se hubieron despojado de sus abrigos de pieles, se sentaron en un diván y pidieron una copa de menta.

—Hoy te encuentro triste, chiquillo, dijo ella; ¿estás ya fastidiado de tu gatita?

El joven la oprimió cariñosamente la mano y respondió:

—Esta tarde encontré en el hotel una carta en la cual me anuncian que mi hijo está enfermo.

(Por un resto de pudor, Federico se había hecho pasar por viudo cuando en su primer viaje se enamoró de *Marta*).

Seis semanas hacía que estaba en París, y era esta la segunda mala noticia que le llegaba de Costa Rica. La primera fué el telegrama en que le anunciaban la muerte del padre de Ernesto.

—No te aflijas por eso, le replicó *Marta*. los niños enferman á menudo, pero rara vez de cuidado.

La novedad del espectáculo y la animación del público no tardaron en disipar la melancolía de Federico; y cuando se separó de su amada, después de cenar con ella en el café TERMINUS, su rostro había recobrado su habitual jovialidad. Los pensamientos siniestros volvieron á asaltarle en la soledad de su habitación. Allí sobre la mesa estaba la fatal carta. "Luisito está muy enfermo: hace tres días que no me separo ni un momento de su camita; hoy no ha hecho más que repetir: *quiere vel á papá!* y yo no he hecho más que llorar al oírlo. Por Dios, Federico, vuelve pronto,

si no quieres que me muera de desesperación."

Este grito de sincero dolor le barrenaba la conciencia. Cómo había podido envilecerse tanto? Cómo había podido olvidar tan completamente á los seres queridos que al otro lado del Atlántico suspiraban por él á todas horas?

Ah! si Ernesto y sus amigos le vieran por las tardes en el bosque de Boulogne, reclinado en una carretela con la hermosa Marta, por las noches en el fondo de un palco, siempre con ella, como una pareja de recién casados! Y acaso en aquellos mismos instantes, allá en Costa Rica, una mujer pálida y llorosa se postraba ante la imagen de la Virgen para orar por él, ó se inclinaba ansiosa sobre una camita blanca, en donde se consumía un chiquitín angelical devorado por la fiebre!

Y Federico se reprochó su infame conducta y maldijo la hora en que se dejó aprisionar en las sedosas redes de una mercenaria del amor. Su presencia no era ya necesaria en París, pues el litigio iba pronto á terminar favorablemente. ¿Por qué no partir? Sí, estaba resuelto: tomaría el primer vapor. . . . Pero á la mañana siguiente, cuando quebrantado por el insomnio se levantó decidido á preparar el viaje, un perfumado billete de Marta desbarató sus propósitos con la misma facilidad con que el sol de la mañana derrite la escarcha de los prados.

Pasó el invierno, y el lozano Abril cubrió de yemas las escuetas ramas y de pajarillos el bosque. La luz entumecida comenzó á desperezarse en los cielos, llenando de sonrisas los campos y los corazones. Por las arterias de la gran ciudad discurría más

apretado y bullicioso el gentío, ansioso de respirar el aire vivificante de la primavera. Y aturdido, embriagado, prisionero en las sedosas redes de la cortesana, Federico fué dejando en los tortuosos senderos del vicio elegante los últimos jirones de su virtud. Ya no pensaba en regresar á su patria; escribía muy de tarde en tarde cartas frías y lacónicas. ¡Cosa extraña! Los párrafos le salían demasiado cortos y su pluma se resistía á las ternezas: no encontraba qué decir, y las frases cariñosas sonaban en sus oídos como los versos huecos de un drama romántico, recitados por un actor desmañado. ¡Qué diferentes las cartas de Adela! Largos pliegos nutridos de amor, de fervientes votos, de dulces recuerdos, de apasionadas súplicas. Luisito seguía muy delicado de salud y los médicos consideraban mortal una recaída. Ernesto se había mostrado tan servicial y solícito durante la enfermedad del niño, que jamás podía agradecerse bastante. Una sospecha cruzó por la mente de Federico. ¿No sería aquella enfermedad una piadosa invención de su mujer para obligarle á regresar más pronto?

Esta duda contribuyó no poco á prolongar su estada en París.

Repentinamente las cartas de Adela fueron menos frecuentes y más cortas: la última, la más breve, glacial é incisiva como una espada, contenía frases enigmáticas que sumieron al esposo infiel en un mar de confusiones. Una de Ernesto, recibida por el mismo correo, dió la clave del enigma. *Adela lo sabía todo!*

De vuelta de una gira por el Viejo Mundo, unos caballeros jocosos refirieron que habían visto repetidas veces á Federico acompañado de una linda parisiense á quien hacía pasar por su esposa, y que indignados por tal escándalo se habían abstenido de

visitarle. Sin duda una amiga indiscreta y oficiosa se había apresurado á llevar la noticia á Adela, con esa malévolá presteza que pone la humanidad en sus acciones siempre que se trata de amargar la felicidad del prójimo.

¡La carta de Ernesto! ¡Cuántas veces la leyó aquella noche el desgraciado Federico, repitiendo con lágrimas en los ojos las severas reconvencciones que le azotaban el rostro! ¿Permanecería sordo al vigoroso llamamiento de la amistad? Tan degradado estaba que no podía quebrantar las vergonzosas cadenas con que le había uncido á su carro una mercenaria del amor?

Otra vez, tras largas horas de insomnio y de lucha, le sorprendió la aurora, armado de la firme resolución de marcharse; y otra vez las lágrimas y los besos de Marta le retuvieron con su invencible hechizo. Su pasión se avivó desde entonces, cual si atormentado por la conciencia quisiese ahogar en el placer sus recuerdos y en las copas de champaña sus remordimientos.

Una mañana al volver á su cuarto después de una orgía, le entregaron en el hotel un telegrama de Costa Rica. Estaba firmado por Ernesto y contenía sólo dos palabras:

“Luisito murió”.

Pasaron las frescas auras de la primavera y caldeó el suelo el sol abrasador del estío. Los parisienses comenzaron su peregrinación anual á las estaciones balnearias y á los rincones de provincia, en busca de una atmósfera menos sofocante; pero Federico,—cada vez más enamorado de aquella mujer que había tenido la delicadeza de vestir de luto por Luisito,—no pudo ir con ella á Biarritz.

Desde el fatal telegrama no había vuelto á recibir noticias de su patria. El silencio de Adela era explicable; mas ¿por qué había pasado Ernesto tanto tiempo sin escribirle?

Se acercaba ya la época de la liquidación de la casa Jiménez & Cía. y era indispensable partir para Costa Rica: así lo exigían además sus propios negocios, un tanto embrollados por los fuertes gastos de los últimos meses.

Trabajo le costó convencer á Marta; el viaje era inevitable, pero una vez arreglados sus asuntos volvería á reunirse con ella. Llevarla? no, era imposible: la travesía es larga y penosa, y además él no se atrevería á desahar las preocupaciones de una sociedad mojigata. Olvidarla? nunca. ¿No había desatendido por ella sus propios intereses y permanecido en París más de lo conveniente?

El transatlántico *Normandie*, que zarpó de Burdeos el 8 de setiembre, llevaba á su bordo gran cantidad de emigrantes; pero ninguno de ellos dió tantas señales de tristeza al perder de vista las costas de Francia, como aquel joven costarricense que dejaba en el torbellino de París los jirones de su virtud y las ruinas de un hogar antes immaculado y venturoso.

El vapor avanzaba rápidamente, cortando sin cabecear las rizadas ondas y las blancas rayas con que las corrientes interrumpen á trechos la tersa llanura. Dentro del círculo perfecto del horizonte no se divisaba ni una vela ni la sombra de una costa. El océano presentaba ese color gris mate que le comunica el cielo encapotado.

Diseminados por la cubierta, los pasajeros dormitaban en sus sillas de

lona. El capitán, inmóvil en el combés, miraba fijamente al Oeste, con el anteojo apoyado en uno de los obenques. En la proa, de codos en la borda, un viajero recorría con ojos meditados la lejana curva. En qué pensaba? Diez meses antes se había alejado por segunda vez de aquellas playas que de un momento á otro iban á surgir ante su vista; diez meses hacía que embriagado por la perfumada atmósfera de la Babilonia moderna, había arrancado de su mente el recuerdo de la tierra donde nació, donde amó, de aquel rincón bendito que guardaba las cenizas de sus mayores y también ay! las de su hijito. ¿Cómo presentarse ahora ante la santa mujer cuyo corazón había destrozado tan villanamente? Le perdonaría ella el insulto, la traición y sobre todo el silencio, el inconcebible silencio que guardó al saber la muerte de Luisito? Ahora, libre de la fascinación de la ciudad maldita al respirar de nuevo las brisas de la patria, pudo comprender Federico toda la monstruosidad de su conducta. Por su memoria desfilaron como en la cinta de un cinematógrafo las escenas de su niñez y de su juventud, las imágenes de las personas queridas, el cuadro del hogar venturoso, el bello y moreno rostro de su compañera y aquella cabezita rubia que ya no volvería á cubrir de besos.

En el confín del horizonte, hacia el Poniente, surgió de pronto una línea oscura: poco á poco sus borrosos contornos se fueron dibujando con más precisión, y por último los azules picos de las montañas costarricenses aparecieron sobre las aguas.

¿Volvería á surgir de sus ruinas el dulce hogar tan torpemente destruido? Encerraría tal tesoro de abnegación el alma de su esposa que pudiese él esperar el olvido de lo pasado?

Le rechazaría al verle arrastrarse á sus pies, dispuesto á borrar con su sangre tantas infamias? Se atrevería él á arrostrar la mirada de desprecio de Adela y á profanar con su presencia aquella casa que manchó con su adulterio?

Percibíase ya con toda claridad el puerto de Limón con sus techos grises y rojizos, sus diminutas banderas y sus muelles semejantes á las delgadas antenas de un insecto: el sol de la mañana bronceaba la cabellera de humo de los vapores anclados y hacía resaltar los verdes abauicos de las palmeras de Piuta y de la Uvita.

¡Benditas brisas de la patria que traen consuelos al corazón dolorido! El pobre viajero las aspiraba embelesado, acariciando con la vista la tierra natal, la única que hace desbordarse del pecho la emoción y de los ojos las lágrimas!

¿Qué vértigo le había acometido al dejarla? ¿Cómo había podido vivir tantos meses sin tenerla á todas horas presente en su pensamiento? ¿Qué infernal obcecación le había hecho preferir las fingidas caricias de una cortesana al casto beso de una esposa enamorada y bella?

Había estado loco, sí, y al recobrar ahora la razón, se despreciaba á sí mismo y se proponía reparar el daño con una vida de expiación y de ternura. Iría á hospedarse en un hotel: Ernesto se encargaría de preparar la reconciliación... Por qué no habrían de brillar nuevamente los días felices de otro tiempo?

El vapor ancló á las nueve. Un tren expreso estaba listo para conducir los pasajeros hasta la capital: apenas el tiempo indispensable para sacar de la aduana el equipaje y prevenir con un telegrama á Ernesto. Fe-

derico no encontró en el puerto ninguna cara conocida. Mejor.

El tren llegó de noche á San José bajo una lluvia torrencial. La estación estaba desierta: una berlina condujo á Federico al Hotel Imperial, en donde se hospedó con un nombre su puesto. Habría recibido Ernesto su telegrama? Estaba impaciente por verle para pedirle noticias de Adela.

Dieron las ocho, y no pudiendo dominar su ansiedad, resolvió interrogar mañosamente al camarero que le sirvió la cena.

Qué le contó aquel hombre? Conversó realmente con alguien aquella horrible noche? No era todo una espantosa pesadilla?

Bajó las escaleras como un loco y se lanzó á la calle azotado por el viento y por la lluvia: corrió á su casa y la encontró cerrada, oscura y triste como una tumba: voló á la de Ernesto, y un criado confirmó la fatal noticia.

Regresó al hotel tan anonadado que ni siquiera se le ocurrió quitarse la vida para librarse del dolor y la vergüenza. Oh! los miserables! Hacía apenas algunas semanas que ella había partido para Nueva Orleans, bajo el pretexto—según los decires callejeros—de reunirse con el único pariente que le quedaba en el mundo, una tía anciana casada con un comerciante norteamericano; él, para salvar las apariencias, se había marchado unos días después.

Todo San José comentaba el escándalo, no sin disculpar hasta cierto punto á la esposa, que herida en su dignidad, despechada, abandonada cruelmente, había puesto los ojos en el único hombre que solícito, delicado y cariñoso la había colmado de atenciones y consuelos.

Recorriendo su cuarto como un tigre enjaulado, rumiaba Federico mil

proyectos de venganza. Matar á la adúltera y al amigo desleal! . . . ¿Y por qué? ¿No había sido él el autor de su propia deshonra al dar ocasión á Adela de comparar la bajeza de su marido con la nobleza del otro? . . .

Al amanecer su resolución era irrevocable: volvería á París y fijaría allá definitivamente su residencia. Ese mismo día podría reembarcarse, pues el *Normandie* estaba aún en el puerto.

Y llegó á París una melancólica tarde de Noviembre; y obedeciendo al inexorable destino que le arrancó de su patria para lanzarle en el torbellino de la ciudad perversa, fué á buscar en los brazos de Marta el olvido de sus dolores.

En el lujoso entresuelo que en la calle de Lamartine ocupaba la aventurera, le contaron que ésta había partido para Londres en compañía de un opulento norteamericano.

La misma semana que vio alejarse á Federico reservaba á los maldicientes de San José un terrible desengaño. Ernesto regresó de Nueva York, á donde había ido con dos comerciantes de Cartago á arreglar las bases de una importante negociación.

No había estado, pues, en Nueva Orleans, en donde residía Adela en el seno de una familia respetabilísima; no había pasado siquiera por allí, y de ello daban fe sus dos compañeros de viaje. La murmuración, despechada, no tuvo más remedio que rendirse á la evidencia.

No! La abandonada esposa, tan casta como bella, no había profanado el santuario en que guardaba las reliquias de su amor, cubiertas con el negro velo de sus dolores. . . .

No! El leal amigo, inocente de la villanía que con harta ligereza le había imputado la sociedad, abrigaba

en su pecho sólo un propósito: el de no descansar un punto hasta devolver á aquellos dos seres queridos la felicidad perdida.

Escribió á su amigo por todos los correos; y sus cartas, en las que resplandecían la sinceridad, la nobleza y el cariño, obraron al fin el milagro de volver al redil la oveja descarriada.

Federico está gravemente enfermo en San José. En su delirio llama sin cesar á Adela, la pide perdón, la ruega que no le deje morir abandonado Qué se hicieron los propósitos de la ofendida esposa al recibir en Nueva Orleáns la noticia de la inminencia del peligro? Se había jurado no volver á Costa Rica; pero *¡*su Federico, su único amor, estaba moribundo! Oh! . . . Ella lo olvidaba todo, lo perdona todo, todo Dios mío! con tal de llegar á tiempo.

.....

.....

En una de las largas noches pasadas á la cabecera del enfermo, Ernesto, adormilado en un sillón percibía vagamente el ir y venir rápido y silencioso de una esbelta figura de mujer,

que ora se inclinaba ansiosa sobre el rostro del paciente, ora rondaba en torno del lecho ó del velador cargado de medicinas, siempre incansable y solícita, siempre callada y triste. Y luchando con el cansancio que le cerraba los párpados el fiel amigo pensaba con fruición en la obra ya medio realizada, en aquella enfermedad ya dominada por la ciencia, y también ¡ay! en aquella otra enfermedad, la herida del alma, mucho más difícil de sanar.

De pronto, cuando vencido por el sueño entornó los párpados, se figuró oír rumor de sollozos en la calada estancia; le pareció entrever—á la escasa luz de la lamparilla— los labios de la enfermera y los del enfermo unidos en un beso largo, muy largo, humedecido por las lágrimas Y creyó sentir por sobre su cabeza el aleteo de una armonía dulcísima, que poblaba de promesas el ambiente, mientras iba difundándose por el cielo la claridad precursora de un nuevo día.

KALIDASA

Heredia, 1.º de setiembre de 1909.

La Propia

La casita es un enjambre.—Enjabeladas con cal las chatas paredes del amplio corredor y adornadas con vivos azules las anchas ventanas que dan luz á la espaciosa sala. En una de las esquinas de aquel, un mocetón robusto, cubierto de sudor y polvo, no da punto de reposo al manubrio del *Campeón* que avienta y clasifica el café, con sonidos de cascada que fingen los granos al revolverse entre el cilindro espiral de la criba de alambre, y con mugidos de huracán, que imitan las paletas que lanzan al aire, como columnas de humo amarillento, la *casarrilla* que los rayos del sol desprendieron del aromoso grano y que, arrebolada por el viento del aparato, va formando en el costado de la casa, un montículo dorado.

A lo largo de las paredes del corredor están las *escogedoras* apartando con primor los granos negros y quebrados sobre las lisas tablas de las mesas y dejando caer por las tolvas los granos limpios y parejos que van llenando, puñado á puñado, sendos sacos panzudos. No paran las manos, ora persiguiendo el negro, ora entresa-

cando el pedazo, apartando los palillos, espulgando los terroncitos y las piedrecillas y empujando con el filo de la mano y el desnudo brazo, el montón de los escogidos; mas tampoco paran los ojos ni las lenguas: aquéllos para miradas de envidia á las afanosas, para guiños á los peones de acarreo que con sus delantales de *gangoche* amarrados á la cintura, llenan las mesas ó recogen y cambian los sacos; éstas para la charla salerosa, el chiste picante, la relación de la aventura pasada ó para el secreteo de los proyectos de la venidera. La morenita regordeta del rincón canturrea la última polka escuchada á la Filarmonía de la villa; la negrilla orillera refiere á la vieja zarrapastrosa su vecina, un cuento de espantos; la vieja estruja trabajosamente con las recias encías un grano *caracolillo*, á la par que babosamente chupa un *chircagre* resistido; un grupo de cholillas alborota entre carcajadas que les remueven las flácidas panzas, celebrando la *torta* que les refiere una rubia descolorida y pecosa, con cara de candela derretida; y allá en el extremo, en mesa apar-

te, un pedazo de cielo tropical como sólo en esta tierra bendita se ven y como sólo este suelo los produce: una muchacha de quince años, alta, flexible como rama de guayabo, de carnes firmes como el *guayacán*, de ojos y pelo negríssimos como el *guisocoyol*, de dientes parejos, pequeñitos, blancos, como granitos de *helote* tierno, morena con el tinte del cobre viejo y con la eterna y provocadora sonrisa en los carnosos labios de *pitahaya*; y una gracia, un contoneo y un palpar de pasiones ardorosas cabrilleando en las húmedas pupilas, ensanchando las ventanillas de la nariz, vibrando en el turgente seno; es MARÍA ENGRACIA la *guarí* de Escasú, el macito de muestra de aquella villa famosa por sus muchachas galanas.

En la sala, ñor JULIAN OCONTRILLO, el dueño del *beneficio* y del *cafetal* y del cerco y del potrero y de la *bueyada* y de las *sacas* de leña y del trapiche del *bajo* y del *cañal* que lo rodea y del potro azulejo que en el *caodizo* se regodea con su buen cajón de pasto picado, atiende á la delicada tarea de la pesa de los sacos llenos y á la costura que sus hijos BERNABÉ y ZOILA desempeñan y á la marca que MICAELA su mujer les planta orgullosa con la lámina perforada "J. O. LONDON" y la brocha untada de negrísimo betún.

Ñor Julián, cholote panzudo, peliparado, afeitado de barba y boca, con camisa gris de lana, pañuelo de seda arrollado al pescuezo robusto de toro, banda de redecilla que ciñe por bajo del vientre, el calzón pardo de casimir y calzado con zapatos burdos de becerro amarillo. Cuenta cuarenta y ocho años y es *gamonal* y *tagarote* de peso en todo el cantón en donde, en lo Administrativo es Múncipe del Ilustre Ayuntamiento, en lo Religioso Vice-Presidente de la Junta de Edifi-

cación del Nuevo Templo, y en lo Político es nada menos que Presidente Honorario del Gran Partido Progresista que trabaja por la candidatura presidencial del eximio Coronel don Torcuato Morúa.

Ña Micaela, como de treinta y cinco años, flaca, enfermiza, avejentada por el trabajo ruidísimo de la *pedra* y de la *batea* en sus diez y ocho años de matrimonio. Bernabé de diez y siete años, por el estilo del *tata*, y Zoila, de quince, con cara bonita y expresiva, pero de cuerpecillo enclenque y desmedrado.

Los mocetones alzan en vilo, con un vigoroso empuje de caderas, los sacos repletos y se los encajan en la membruda espalda y encorvados y haciendo resonar en el duro suelo sus talones de hierro, van tirando la carga en las carretas que el *bueyero* acomoda. Pela un muchacho con su afilado *Cóllis* las sabrosas cañas y partiéndolas en cabos las ataruga en los hocicos de los bueyes, ya ocupados con el verde *cojoyo*, cuyas colas tiemblan á cada magullón de las poderosas quijadas y por cuyas hojas ásperas y cortantes corre la babosa espuma en hilos mucilaginosos, en tanto que las tenaces moscas saltan de las húmedas narices á los ojos y de los ojos á los lomos, de donde las espanta el colazo siempre tardo, ó las ahuyenta la vibración del músculo bajo el elástico pellejo del sufrido bruto. De cuando en cuando un *cinchazo* cruza la cerdosa barriga de un marrano que arrebató un trozo de caña y el ratero salta chillando y se zambulle entre el fango de la *paja de agua*, en donde gruñendo mastica la dulce presa y la convierte en amarill estopa.

Allá á lo lejos aguija otra yunta de chiquillo á horcajadas en el *volador*; las macisas ruedas de piedra pasan y repasan machacando el café y des-

premiendo la cáscara, en la trilla circular. Como granizada resuena en el patio el café que los peones remueven con palas de madera, unos extendiendo el mojado, otros volteando el que está á medio palo, otros amontonando el seco.

Y por todas partes el Sol de Febrero, rojo como cara de borracho, quemante, abrasador, llenando de vida exuberante á la campiña, dorando la lejana loma, reseca la tierra desnuda, achicharrando los jarales, despellejando los troncos de los árboles viejos, metiendo sus rayos, como hojas de machete nuevo, entre las breñas y fingiendo relucientes monedas de oro en la fina grama de la espesura. Ese Sol que es nuestra gloria, Sol *Tico*, amigo nuestro, el gran peón sin salario, que vigoriza el cafeto, barniza la hoja, hinche de miel la roja cereza, seca el *abejón*, rasga la *casquilla*, colora el *pergamino*, azulca el grano y

“el aroma le da, que en los festines, la fiebre insana templará á Lico”.

* * *

Mucho le gusta á ñor Julián, pero mucho, la tal María Engracia. Mucho se le arrima, mucho le ayuda á escoger, con sus dedotes de *guineo morado*, y con disimulo le atiza piropos vulgarísimos á la vez que le echa café casi limpio en su mesa y le *hace cachete* en la medida. Todos lo notan: la rubia descolorida ya se lo hizo ver á las cholas, una de éstas al moctón del aventador, éste á un arriero.

Ña Micaela no las tiene todas contigo, pero teme tanto á la brutalidad del *padrote*, que á nada se atreve; ya una vez, reuniendo toda su energía, le dijo:

—*Fulián*, podías dejar quieta á Engracia

—Y vos podías estar en lo que estás

y dejarte de *fisgoniar* lo que no te importa.

Y la infeliz mujer masca sus celos junto con sus rezos haciendo *promesas* al Santo Patrono del pueblo, que en pintarrajeado camarín de hoja de lata brilla entre *clavelones* en el testero de la sala, ó ya cuando el retorcido corazón se le sube á la garganta y allí se le anuda y va á deshacerse en copioso llanto, se levanta presurosa con el pretexto de encandilar el fogón de la cocina y allí desahoga á solas sus angustias y á su regreso se queja en alta voz del humo corrosivo de los tizonas que *enchila* los ojos.

—Y *diay*, te resolvés?—susurra ñor Julián casi al oído de María Engracia.

—Hable usted con *mama*; contesta la morenilla ruborizada.

—Bueno, avisale que esta noche iré.

Y el sátiro se retira y finge inspeccionar la junta de mansos *paietas* que el muchacho está *cojoyando*.

—Verdá, ñor *Fulián*, que al *güey* viejo le gusta el *cojoyo* tierno?—insinúa el *chacalín* con sorna.

—El *gamonal* coge al vuelo la puya, enrojece de cólera y con un “*abreviá, mocosó*,” da por terminado el incidente.

* * *

La madre de María Engracia no se hizo rogar mucho; fingió al principio grandísima indignación que fué paulatinamente disminuyendo á la par que fueron en aumento las ofertas del *padrote*: seis onzas para entejar el rancho, un rebozo de seda de los *atorzados* y una cerda parida, desvanecieron los escrúpulos de la otra marrana y dieron por cerrado el infame trato. Ñor Julián se adueñó de la vendida fortaleza. El señor Vice-Presidente de la Junta de Edificación del Nuevo Templo se hizo cargo, desde esa no-

che, de costearles la penosa vida, á la harpía y á la manceba.

Y fiestas van y fiestas vienen y allá ruedan las *cuartas de india* tras las enaguas de todos los géneros y colores y las camisas lentejueleadas y las cintas como franjas de arcos iris; y á cambio de rebozos salvadoreños y chalets tornasclados y aretes y gargantillas de oro, sortijas de carey *encasquilladas* y peinetas y pañuelos chinos y hasta un caballo fino pasi-trotero aperado con montura de ante.

Y siguen los paseos al *Puente de las Mulas*, y á *Taqueta del Brasil*, y á la romería de *Esquipulas*, y á la *Pasada de la Negrita*, y *turcos*, toros, retretas, fuegos de pólvora, y... .. la mar!..... El viejo estaba embobado en su conquista y ésta le chupaba la sangre y los reales con vigor de tromba marina.

Sólo una idea bullía en el encandilado cerebro de *ñor Julián*: *dale gusto á la Engracia*: y sólo un sentimiento hormigueaba en el corazón de la muchacha: "sacarle los reales á *ñor Julián*", y ambos cumplían á maravilla sus propósitos.

* *

Pasaron así tres años: los *Lachures* ya no querían hacerle más adelantos á *ñor Julián*; el Partido Progresista había sido derrotado en las elecciones y el Coronel Morúa había muerto de despecho; el precio del café no daba para la *zogada* la garrapata se llevaba las reses *dundas*; el Gobierno rehusaba recibir *dulce* de los que habían sido contrarios; y el *chapulín* había arrasado *milpas* y frijolares.

Las cosas, para *ñor Julián*, eran cada vez peores; hipotecado el *beneficio*, vendida á ruin precio la montañuela; *ña Micaela*, acogida al último jirón de su escasa energía, se negaba á *dar la firma* para hipotecar el cañal y el

trapiche que eran su hijuela paterna; las deudas engrosando con los intereses que se acumulaban; y el embargo, como la espada de Damocles pendiente del cabello que en su mano sostenía el abogado de los acreedores. Pero Julián no ponía remedio: cada vez más encalañinado con su *amachinamiento* y la morenilla cada día más pedigüeña y antojadiza.

Y se rompió el cabello y cayó la espada....!

Cuando el depositario nombrado por el señor Juez Civil tomó posesión de los bienes, Julián estaba de paseo en la *Boca del Río Grande* con la manceba. *ña Micaela* se llevó su camarín con su Santo, Zoila se echó al *cuadril* el escualido *motete* de los trapillos de ambas; bañadas de lágrimas abandonaron la casa en donde hacía *veintidós años* que aquella había entrado. Del brazo de su querido cholo y en donde a otra había nacido, se había mecido su hamaca y había echado aquel cuerpecillo canijo. No estaba con ellas Bernabé: el pobre mozo, harto de vergüenzas y de improperios, había decidido buscarse la vida en las selvas de *Santa Clara*, en donde hacía dos años que tragaba miasmas y tiritaba sudando paludismo.

La negativa de *ña Micaela* dejaba libres el trapiche y el cañal, pero Julián se había hecho *gato bravo* con ellos y los explotaba con el descuido de quien no los quiere porque no son suyos.

* *

Allá en la *Boca* hubo amagos de tempestad: *ñor Julián*, siempre celoso de su adorado tormento, notó que María Engracia no miraba con malos ojos á *ñor Aureliano*, *mandador* de fincas de don Leoncio, mozo apuroso y pendenciero, gastador y runibc

tocador de vihuela y echador de coplas. De las explicaciones resultó el mocito ser primo segundo de la hembra, por parte de madre y que la morenilla había sido sacada de pila por el mismísimo padrino á quien Aureliano rezaba el *Bendito!*....

A pelo quemado ó cosa parecida le olieron los parentezcos de consanguinidad y espiritual al taimado viejo y como á él nadie se le enredaba entre las patas, al rayar la luna voló con su presa y ya el sol principiaba á asarles la cara cuando se apearon á sestear en los *Nances*. Lo que el viejo decía á la chiquilla, con hartos ademanes y visajes:

—Mirá, si no me cuelga el *güecho!* Y se pasaba el filo de la ceniza manota á raíz del robusto pescuezo.

—Pero de *onde* saca...., murmuraba Engracia.

—Calláte, *pava!* Lo que es en otra, *ensebate* vos y que ese *fantisioso* se encomiende á las Animas!..... Y besaba con chapoteo de sus carnudas getas las cruces que en diestra y siniestra manos ostentaba.

* *

Cuatro cañas medio *enguarapadas* molía ñor Julián en el desvencijado trapiche; María Engracia espumaba con el *pascón de guacal* la hirviente paila y ambos, con el auxilio de un peoncillo, *sacaban la tarea* de olorosas *tapas* que la vieja alcabueta iba en volviendo en *atados* con hojas secas de caña y plátano. Poco le había lucido su tercería á la infame harpía: mal comida, mal vestida y peor tratada por ambos, era la bestia de carga de la pareja: ella aguijaba la desmedrada yunta que movía las pesadas masas del trapiche; ella atendía al hacinamiento del *bagazo*, ella arrastraba penosamente los pesados troncos con que se cozaba la hornilla; ella acarreaba bal-

des de agua para mojar los moldes; ella espantaba los *chanchos* que por comerse las *cachazas* amenazaban destruirlo todo; ella cocinaba, ella lavaba, ella molía el maíz y cuando al final de un día de *molida*, iba á descansar sus huesos y su pellejo, servíale de cama un *camastro* de varillas con un cuero seco por toda estera y un *cobo* andrajoso por toda cobija!

Aclarando el día montaban Julián y la muchacha llevando á la zaga una yegüilla canija con los zurroneos repletos de *dulce* y temprano arribaban á San José en donde en su puesto del mercado, extendida la venta; él regateando con los marchantes, ella emmochildando los reales y dando los *vuellos*.

* *

Ese sábado parecióle á ñor Julián haber visto entre el gentío que se apiñaba por las ventas del maíz, á Aureliano disimulándose tras la carpa de una *trucha*, con la mirada clavada en María Engracia, quien se hacía la tonta. Y por sí ó por no, echó á ésta un soberano *vijazo* que ella recibió con estudiada paciencia abriendo desmesuradamente los negros ojazos, como admirada ante tamaña injusticia.

Sofocante era el calor; el vaho nauseabundo del rebaño humano cosquilleaba en las narices y apretaba las gargantas. Eran ya las dos de la tarde y el cielo caliginoso se cubría de pesados nubarrones asfixiantes; Mayo no soltaba sus refrescantes aguaceros y los vientos alisios se habían despedido de la tierra tostada por el sol.

Gruesas gotas de sudor rodaban por la moñetuda cara del *dulcero* y empapaban el broncíneo pecho, pegando el escapulario mugroso al pellejo ennegrecido.

Nada más natural que la ocurrencia de María Engracia:

—Voy á ir *corriendito* á *La Violeta*, á beberme una fresco. ¿Quiere que le traiga una kola?

—Pero *espáchese* pronto *pa* que *alce mos*, contestó Julián.—Y ella se fué llevándose entre el seno la *mochila* de la venta.

* *

Angustiábase el viejo con la tardanza de María Engracia; media hora larga había pasado y la morenilla no pa recía.

—¿Cómo está, compadre?—dijo al acojido *dulcero* un viejo humilde y pobrísimamente vestido, de mirar franco y cariñoso, surcada la cara de arrugas y de miserias.

—*Ai* vamos, *ñor* Rivera, ¿y usted?

—Como Dios quiere. Cuénteme, cómo sigue mi *ahijao* Bernabé, ¿es verdá que está en el Hospital con fiebre de la *línea*?

Julián nada sabía de la triste suerte de su hijo, pero un resto de rubor hízole mentir ante la inesperada pregunta y la mirada inquisidora del compadre, y respondió un tanto turbado:

—*Pos* ya vé. . . . , regular. . . . , como yo estoy *desapartao* y la madre *concertada*. . . . Él prefirió que lo llevaran al Hospital. . . . , pero yo voy á verlo cada vez que *bajo*. . . . No es fiebre de la mala, son cuartanas que con hoja de *guarico* y con *sofate*. . . .

—¿Y cómo me acaba de decir comadre *Miqueta*, allí en las ventas de la ropa, que esta mañana lo *vido* y que estaba ya sin *sentío*? . . .

—Sólo que se *haiga empiorao*; voy *orita mesmo* á verlo. Quiere tenerme la venta un *ralico mantres* voy? El *atao* es á *cuarenta* y la *tamuga* á seis reales. No me tardo.

Y Julián salió desalado, haciendo exclamar al compadre:

—Lo que es él será mal marido,

pero es buen *tata*; ¡Dios lo lleve con bien y le *aliente* al muchacho!

A la Botica de *La Violeta* había dicho Engracia que iba á tomar el fresco: para alla corrió Julián; no iba á buscar médico ni medicinas para su hijo moribundo, iba á ver qué se había hecho María Engracia. ¡Excelente *tata*!

Nadie le dió allí informe alguno satisfactorio; ciego de coraje y espoleado por los celos voló al corral en donde amarraba las bestias; sólo la yegüilla canija estaba allí, los dos caballos habían desaparecido; á las anhelosas preguntas de Julián, la vieja que percibía el peaje contestó con esta terrible bofetada:

—¡Si hace tamaño rato que ella misma vino y se fué con Aureliano Meléndez y dijeron riéndose que usted pagaba el sesteo!

Y Julián, tras una horrible blasfemia, echó á correr como un loco, por el *Paso de la Vaca*, camino del río *Torres*.

Se acercaba la media noche; la luna bregaba por asomar su cuerno menguante por las rendijas de los negros nubarrones que aquel día de horno había amontonado en el cielo; el estrecho valle del *Lazareto Viejo* bostezaba entre los altos acantilados del *Virilla*, embozado en espesa capa de niebla; los cafetales yacían solemnemente silenciosos y al pié de los *cuajiniquiles* y los plátanos de hojas despedazadas por los vientos del pasado Abril, los grillos coreaban con sus herumbreadas dulzainas; una que otra *candelilla* encendía su cirio funerario en la margen de la acequia alumbrando el *de profundis* que entonaban los sapos y allá en la loima se estrellaban los ecos del medroso ladrido de los *lambuzos* atosigados por la sarna.

En una de las *piezas* de la hacienda de *Las Animas*, dormían entrelazados, hartos de *tragos* y de voluptuo-

esos deseos, fatigados por la bestial orgía, Aureliano y María Engracia. Un caballo de vela de sebo chisporroteaba próximo á hundirse entre la botella que le servía de candelerero.

El débil cerrojo de la puerta cedió al empuje vigoroso de Julián y, antes que Aureliano pudiera defenderse, una tremenda puñalada le dividía la carótida izquierda; brotó la sangre en espumoso chorro y una voz de angustia infinita hendió siniestramente los aires en el silencio de la noche, volviendo el pesado cuerpo á desgajarse entre la *cuya*. María Engracia, á quien el terror prestó alas, saltó por encima del agonizante y se lanzó dando alaridos por entre el cafetal.

Acudieron los peones de la hacienda con *realeras* y linternas y lograron desarmar al asesino que seguía apuñalando á su víctima con saña fiera, lanzando imprecaciones espeluznantes y carcajadas aterradoras.

Amarrado á la cola del caballo del Juez de Paz de *La Uruca* y rodeado de una fuerte escolta de mocetones bien armados, hizo su entrada á esta ciudad el reo, en la mañana del domingo; cerraba la comitiva la improvisada camilla de *tijereta* en la que el cadáver de Aureliano era transportado.

Ya en las cercanías de la cárcel, dos *mujercillas* agarradas furiosamente de los moños, se revolcaban en el hediondo caño, cubriéndose de arañazos y de denuestos; la *Cinco Pelos*, enclenque y desmedrada, llevaba la peor parte; uno de los de la guardia, que la conocía, acudió presuroso en

su socorro y no logró que la otra soltara su presa, hasta que no le dijo:

—¡No ves que ahí traemos al *tata* amarrado por una muerte! ...

La *Cinco Pelos* era, en efecto, Zoila, huida años antes de su *concierto* con un policía de los de Orden y Seguridad!

Todo lo confesó Julián al señor Juez del Crimen. Allí mismo se dictó el auto motivado de prisión y el reo quedó comunicado.

No bien el corneta de la Cárcel había alborotado al vecindario despertando á los dormilones con su toque de lista de siete, cuando una viejecilla enlutada y llorosa, cubriéndose la cabeza llena de canas con el rebecillo hecho girones y llevando bajo el huesudo brazo una sucia cobija de lana colorada, se acercó tímidamente al Alcaide y con temblorosa y humilde voz entrecortada por los sollozos, pidióle permiso para ver al reo y para entregarle, á más de la cobija, un *medio escudo* que trabajosamente desnudaba de una punta de su pañuelo de hombros.

—¡Eche acá la plata!... Y empujándola groseramente hacia la sala de visitas, en donde el reo conferenciaba con un taimado tinterillo, exclamó:

—¡*Contrillo!*... esta vieja quiere hablarte; ¿es algo tuyo?

El reo alzó rápidamente los ojos, pero al reconocer á la intrusa, sin levantarse siquiera á recibirla, con aire indiferente y fatigado, contestó:

Sí, señor; ¿es la *propia!*....

OLIELMABER

San José, mayo 10 de 1909.

Vocabulario

Voces usadas	Significado castellano	Voces usadas	Significado castellano
<i>abcjón</i>	corteza de la baya de café, seca	<i>cañal</i>	cañaveral
<i>abreviar</i>	darse prisa	<i>caracolillo</i>	grano de café en forma de caracol, que á veces aparece como si fuese monocotiledón
<i>ahijao</i>	ahijado		
<i>ai</i>	ahí	<i>cascarilla</i>	película que cubre los cotiledones del café
<i>algo tuyo</i>	pariente tuyo		golpe dado de plan con la boja de un machete
<i>aliente</i>	sane	<i>cinchazo</i>	fiore rojas que semejan claveles muy grandes
<i>amachinamiento á medio palo</i>	amancebamiento á medio andar, á mitad del trabajo	<i>clavelones</i>	cobija ordinaria de lana tejida por los indios
<i>atados</i>	dos <i>tapas</i>		recolección de las bayas de café
<i>alcemos</i>	recojamos	<i>coba</i>	cogollo de la caña de azúcar
<i>atorzalado</i>	de cordoncillo	<i>cogada</i>	dar de comer á los bueyes ú otras reses
<i>bagazo</i>	estopa de la caña esprimida	<i>cojajo</i>	cuchillos famosos, fabricados por la casa Collins
<i>bajar</i>	venir á la ciudad	<i>cojorar</i>	sirviente
<i>yo bajo</i>	yo vengo á la ciudad	<i>Colis</i>	casa en donde un criado presta sus servicios
<i>el bajo</i>	terreno al pié de una colina ó montaña	<i>concertada</i>	contracción del apellido Oconitrillo, el que á su vez es corrupción del de Ocón y Trillo
<i>la batea</i>	el lavado de ropa	<i>concierto</i>	cadera
<i>bucyada</i>	rebaño de bueyes	<i>Conitrillo</i>	árbol de la familia de las leguminosas
<i>bueyero</i>	boyero		cuarenta centavos
<i>beneficio</i>	patios, construcciones y maquinarias para café	<i>cuadrú</i>	en un momento, á prisa, rápidamente
<i>cacharas</i>	espumas sucias que produce el jugo de la caña cuando hierve en las pallas	<i>cuajiniquit</i>	
<i>caedizo</i>	cobertizo de techo de un solo plano inclinado	<i>cuarenta</i>	
<i>camastro</i>	cama hecha de varillas	<i>corriendito</i>	
<i>Campeón</i>	máquina que limpia, pule y clasifica el café		
<i>candelillas</i>	insecto ó mariposilla nocturna que, á voluntad produce un brillo fosforescente en el abdomen		

Voces usadas	Significado castellano	Voces usadas	Significado castellano
<i>cuartas de india</i>	moneda de oro equivalente á un cuarto de una onza española	<i>línea</i>	el ferrocarril y la región adyacente
<i>cuja</i>	cama de poco lujo	<i>Lachures</i>	Corrupción del nombre inglés Le Lacheur
<i>chacalín</i>	muchachuelo	<i>mama</i>	madre
<i>chanchó</i>	cerdo	<i>mandador</i>	aperador, encargado, administrador
<i>chapulín</i>	saltón, langosta	<i>mantres</i>	mientras
<i>chiricogre</i>	tabaco de Costa Rica	<i>medio escudo</i>	moneda de oro, equivalente á un peso
<i>y diay?</i>	y por fin? y bien?	<i>Miquela</i>	corrupción del nombre Micaela
<i>dar la firma</i>	consentir, autorizar	<i>milpa</i>	sembrado de maíz
<i>dulce</i>	panela, azúcar sin refinar	<i>moliña</i>	molienda de la caña
<i>dulcero</i>	el que hace ó vende panela	<i>mochila</i>	bolsillo
<i>dundas</i>	á montones, abundantemente	<i>motete</i>	llo
<i>dale</i>	contracción de darle	<i>Na</i>	contracción de la voz señora
<i>empiorao</i>	empeorado	<i>Nar</i>	contracción de la voz señor
<i>encasquilladas</i>	con aro ó refuerzo	<i>ondé</i>	donde
<i>enchila</i>	irrita como un cáustico, escuce	<i>orita mesmo</i>	ahorita mismo
<i>enguarapadas</i>	fermentadas	<i>hacer cachete</i>	hacerle favor
<i>escogedoras</i>	mujeres que limpian el café ya seco, de granos rotos y negros y de basurillas	<i>pa</i>	contracción de para
<i>espáchese</i>	dése prisa	<i>pajetas</i>	paja de cuernos muy abiertos
<i>fantisioso</i>	vanidoso	<i>Pajada de la Negrita</i>	función religiosa que consiste en una solemne procesión para pasar la milagrosa imagen de la Virgen de los Angeles de una á otra iglesia. Se efectúa una vez al año.
<i>Fulián</i>	Julián (es un vicio de nuestro pueblo, y así dice fueves, fueguete, etc.; en cambio dice: Jelipe, jógón, julano, etc.)	<i>panón</i>	espumadera, colador, tamiz
<i>desapartao</i>	divorciado, separado	<i>pedra</i>	molienda del maíz en una piedra, al estilo indígena, trabajo muy fatigoso
<i>gamonal</i>	hombre de pró	<i>pergamino</i>	segunda película que cubre el grano de café
<i>hacerse gato bravo</i>	apropiarse, adueñarse, enseñorearse	<i>piezas</i>	habitaciones de los labradores
<i>gangoche</i>	tejido de sisal	<i>pitahaya</i>	fruta roja de una especie de cactus
<i>guacal</i>	huacal, vasija hecha de la corteza de un fruto	<i>pos</i>	pues
<i>guarce</i>	planta de propiedades febrífugas	<i>promesas</i>	votos
<i>guaria</i>	orquídea (catleya skinery)	<i>LA PROPIA</i>	la legítima esposa
<i>guayacán</i>	madera muy recia	<i>pava</i>	buena pieza
<i>guécho</i>	coto	<i>ratito</i>	ratito
<i>guíneo morado</i>	una clase de plátano pequeño y regordete	<i>rezarle el Bendito</i>	saludar respetuosamente, con recogimiento
<i>guíscoyal</i>	madera negra, procedente de una palmera	<i>realeras</i>	Los ahijados saludan así á sus padrinos
<i>güey</i>	buey; otro vicio de pronunciación	<i>riales</i>	cuchillos angostos y largos
<i>ensobate</i>	preparate para recibir una tunda	<i>sacar la tarea</i>	dinero, reales, cuartos
<i>helote</i>	mazorca de maíz que no ha sazonado aún	<i>sentio</i>	efectuar una molienda
<i>haiga</i>	haya, del verbo haber. Vicio de pronunciación	<i>sacas de leña</i>	sentido, la cabeza
<i>lamburo</i>	perrillo de hocico largo		leñateos

Voces usadas	Significado castellano	Voces usadas	Significado castellano
<i>sulfate</i>	corrupción de sulfate	<i>torta</i>	aventura de mala ley, plancha
<i>tata</i>	padre	<i>turnos</i>	rifas para objetos de beneficencia
<i>tapas</i>	panela en forma de tronco de cono	<i>tragos</i>	borrachera, embriaguez, licores
<i>tamuga</i>	atado de cuatro <i>tapas</i> de panela	<i>trucha</i>	tinglados
<i>Tico</i>	costarricense. Se dice por la costumbre ó vicio de hacer los diminutivos en <i>ico</i>	<i>viajazo</i>	respis, regaño, amonestación áspera
<i>tagarote</i>	hombre de agallas, de influencia	<i>vido</i>	vió
<i>tijereta</i>	tijera de campaña, lecho de tela	<i>volador</i>	eje que se mueve circularmente
		<i>vos</i>	tú, en sentido despreciativo y familiar
		<i>vuelto</i>	vuelto, cambio



El pobre manco

I



Don Gonzalo Sánchez Bonilla

nació en la ciudad de Heredia el 3 de noviembre de 1884 y son sus padres don Joaquín Sánchez y doña María Bonilla.

En la ciudad de Alajuela estudió durante 7 años: 6 de enseñanza primaria y 1 de secundaria. Después pasó al Liceo de Costa Rica, en donde cursó el segundo y tercer años de humanidades.

En 1901 ingresó en la Escuela Normal de Preceptores de Santiago de Chile, y después de tres años de estudio obtuvo el título de Preceptor Normal.

En 1904 y á su regreso á Costa Rica ocupó el puesto de maestro de la Escuela Modelo.

Desde 1906 el Sr. Sánchez Bonilla desempeña la cátedra de matemáticas en el Liceo de Heredia.

—Dejame, Lico, echati una tortilla y endespues platicamos.

—No se moleste, mama. Usté sabe q'estoy muy esganao....

—Tenés que cométela, unque sea á la juerza. Te le voy echar bastante queso.

—Es que sin ganas.... pa qué?... Pa que se me regüelva la panza! ...

—Mirá, Lico, ya me calentás con tus tonteras. Sentate por ahí mantres tanto, que te voy hacer ésta tortilla.. capaz de degolvele el sentío á un locó.

Y la viejecita cincuentona comenzó á majar—en la piedra de moer—unos cuantos pedazos de queso del purísimo *turrialba*.

Ya desmenuzado, revolviólo con la masa que en un lebrillo tenía, y después de un rato de pasar y repasar—con el calmoso vaivén de sus diez lustros—ya cumplidos—la mano de piedra por sobre aquella mezcla color de leche, dióle la forma de tortilla en una hoja de plátano—tierna y satinada—que colocó en el moledero.

El fogón estaba alegre: sus llamas—rojizas y risueñas—con remilgos de coqueta lamían las espaldas negras del enhollinado conal.

Lico, sentado á la sazón, en un banquillo de tres patas y de asiento cir-

cular, púsose de piés y abrió la puerta que daba al patio.

El aire fresco de la madrugada se introdujo á la cocina.

—Qué temprano que los levantamos! . . . dijo Lico en un bostezo.

—Sí, hijó;—contestole la viejita, al mismo tiempo que vaciaba la tortilla en el comal. Deben de ser las cuatro.

Yo creo q' es mucho más temprano, porque la noch' está tan negra . . . como si se l'estuviera comiendo una gran zopilotada.

Y con las manos en los bolsillos de su *mezclilla*, se fué á ser tar á la tranca, todo triste y pensativo. De allí espació su mirada por los ámbitos del cielo, como si buscara alguna cosa en su infinita negrura.

—Nó . . . no puede ser . . . dijo en un suspiro. Nu hay estrella que brille como los ojitos de mi Guaria.

Y encendió el *hajera* que tenía en la boca . . . y en una nube de humo blanco envolvió sus pensamientos.

—Lico, Lico, vení tomat' el café—gritó su madre desde la cocina, ocupadas ambas manos con una *jicara* humeante y la tortilla de queso dorada como una espiga.

—Voy, ya voy—contestole Lico, apeándose de la tranca.

Y un minuto después, estaban hijo y madre—sentados y en silencio—bebiendo á lentos sorbos un aromoso café.

—Tome, mama, la tortilla; cómasel' usted; yo estoy muy esganao . . .

—No me la desprecies . . . Ya vos sabés qui á tu gusto l' hice.

—Sí, mama; peru es que no tengo di apetencia ni lo negro di un uña. Mejor me tomo vacido el café y la guardo p' al almuerzo.

—Güeno, güeno. Y agora me vas á icir, q' es lo que te pasa á vos. Di onde te vino madrugar tantísimo?: . . .

—De que no podía dormir . . . Oiga, mama; agora qui hay tiempo, voy á contale todo, tuitico pa que me consuele

Y vació el asiento de su *jicara* en un rincón de la cocina, y colocola boca abajo en el angosto moledero.

—Ayer por la tardecita—comenzó el muchacho—estuve con Guaria y Ñor José. Endespues qui hablamos de la sequía d' este año y de las milpas perdidas, me ijo como azánaio: "Mirá Lico, yu he sabío que m' hija te quiere y que vos también l' amás; y yo no sé que icite d' eso: estás entuavía muy muchacho y no pensás com' hombre; pero eso nu es nada, si no que Guaria es l' uniq' hija que tengo, y si te desposás con ella q' es lo que vos querés, me voy á quedar sol' ingrimo con Demetrio y José María, que tan chacalincillos se jallan los probes. Ah! . . . Si mi Bibiana no si hubiera muerto, otro gallo cantaría. Así es que reflexioná, reflexioná bastante y verás que la razón me asiste".

Yo le contesté que no le asestía razón, porque me la llevaba á usté pa vivir com' una sola familia . . . Pero m' hizo una carota . . . más amarga q' el colpachí.

—Pa qué le ijiste eso? . . . —le interrogó su madre, triste como una Dolosa. No ves que á las viejas chochas naide las quiere; que los que tienen algo son muy egóistas!

—Sí, mama; yo me repentí di habele tan siquiera hablao . . . ; Se las echa é pavo real, porq' es mandaor di una jinca!

—No si acuerdan estos alimales que también han sío probes—dijo su madre indignada. No te se dé naitica lo qui ha pasao, por que nu has cumplío tan siquiera los dieziocho, y de por si las mujeres están en el mundo . . . como las hormigas que jierven en los hormigueros.

—Sí, es cierto; pero... pa mí... no hay en el mundo otra Guaría. Usté sabe lo que mi ha costao que me quiera... que me quiera una mirrusca. Ha despreciao á tuitico el barrio por éste Lico, que feo es el icilo, pero tiene un ángel güeno embutío en el corazón. Y yo debo pagale ese cariño... cuéstemelo que me cueste. Si fuera menester pa eso, dormir sol' íngimo tuitica una santa noche en el caserón de Ñor Colás, naide yo que lu haría p' hablales—sin *ver el tigre* tan siquiera—al cadejos, á la zegua y los hermanos, q' es que icen qui allí se riunen p' hacer sus zamarradas...

La viejecita se limpió una lágrima con el dorso de su mano, y en un sollozo habló:

—Y qué pensás hacer? ...

—Siguir adelante, mita. La llama é cariño que Gnaria ha prendío en mi corazón, en jamás si apagará. Yo trabajaré tuitico el santo día, p' hacer bastante plata y casame... de cualquier manera: Usté sabe... q' el juego quema hasta la leña verde!...

Y levantó la vista que hacía ya un rato se tragaba el suelo y la fijó en su madre con caricias de bondad.

—Pero por qué llora, mama?... —le dijo en una voz que era toda una ternura.

—Porque me duele que vos sufrás por mí... Si fueras solo, es icir, si yo estuviera en el pantión, no sería una carga pa vos... Vivirías como el yigüirro, qui onde quiera come... y qui onde quiera duerme.

—Por vida suyita, mama: ni en chanza dig'esas tonteras. Yo no soy mal hijo, me paso muy contento en su compañía y antes di abandonala á usté, por esta santa cruz que como Judas mi horcaría...

Y esto diciendo, se entró á un cuartuchillo oscuro y sacó de allí su pala y su machete.

—Ya me voy al arrozal. Tengo q' esyerbalo hoy mesmo.

—Pero, Lico, es muy temprano en tuavía!

—Nó, mama: ya tuiticos los pájaros s' están levantando y mucho gusto da trabajar con ellos... oyendo sus enredijos.

—Probe m'hijo... probe!... habló su madre como despertando de un entristecido ensueño. ¡Tanto que te fregás!

—Nó, mama, no me friego: cuando hay juerzas p' al trabajo, es un pecao muy negro estar de vagamundo. Deme el almuerzo, que si hace tarde...

—Güeno, Lico, güeno.

Y sacó la viejecita, de un armarillo tosco hecho de un cajón de pino, un envoltorio, al parecer de sólo sozadas hojas; llenó de café un envase de Ginebra Schnaps, y ambas cosas entrególe á Lico diciéndole en voz muy suave... tan suave como las caricias de la seda:

—Que Dios te lleve con bien ...

—Güeno, mama, adiós.....

Y en un instante, se internó en el bosquecillo, asustando con sus herramientas... á las viudas y yigüirros... á las piapias y á los bobos!...

II

Había llovido á torrentes.

Las callejuelas del barrio humeban.... Y fué que al medio-día, el sol —inconsolable—lloró lágrimas de incendio.

En los cipreses de la Ermita, una bandada de piuces—tan negra como el crimen—se desesperaba al frescor del vientecillo que en esa tarde corría.

En las puertas de las chozas conversaban los aldeanos, y en sus almas bonachonas se acurrucaba una alegría: la de la siembra.... por tanto tiempo esperada.

Todo era vida en el pueblo: esa vida fresca y sana, que á pulmón lleno se aspira en el perfume de las montañas.

Como siempre —al anochecer— el billar de Ñor Romualdo estaba de bote en bote.

Cuatro campesinos —chistosos y sourrientes—jugaban *imperial*.

—Siguen di á cinc' ú di á diez— dijo el billarero en alta voz, un conchote mofetudo y de patillas á lo Morazán.

—Es mejor ña di á diez, Mansimino—habló uno de los jugadores: di á cinco no se gana ni pa las *chingas*.

—Güeno, va di á diez—gritaron en coro los cuatro.

Y el billarero colocó las bolas y dispúsose á apuntar.

Hizo la salida el rengo Arguedas y no botó ni un solo palo.

Qué mona é cacho m' é güelto—dijo con el taco en alto.

Tocó el turno á Casimiro.

—Qué rabo más jediondo llevo... no deja naitiq' este rengo. Y dió el tacazo tan fiero y desesperado, que una bola por dos veces recorrió las bandas del billar, botando el palo del centro y los otros dos de los extremos.

—Veinte!—cantó el billarero parando los palos caídos.

—Qué panza é conjisgao!... Onde no tiraba nada, miren lo q' hizo éste zorra—dijo con asombro uno de los de la barra

—Al saber lo llaman panza!—contestole Casimiro, en broma. Si yo tiré *peladilla* y de torcéu no me salió

Cerrá el hocico, que si vos sos vaínero, yo juego poniendo muy güenos efectos,—saltó de su asiento el que seguía: un campesino de sobrenombre Macana, por lo alto y lo delgado.

—Tenés una jilustría pa taquiar, Macana, qui hasta q' einanorás. La vaina jué que sol' un palo hiciste...

—dijo otro de la barra, más palidejo que los pobres que llegan de la Línea con sus fardos de fríos y calenturas.

—Venda su plata, amigo;—se adelantó á decir el rengo. No ve que si gu' el tuerto Mansimino, q' es un lechero desos que ni con candela se jallan!.....

—A l' otra muchachos!... brincó sonriente el tuerto. Arrempújeme el tizate, p'haceles esta *carier'* arriada.

Y una vez que dejó la birola más blanca que un jazmín, boleó con tanta furia, que no le sirvió el arrión y sólo un palillo votó.

—La chanchada jué que me le vendí al panzón de Casimiro. Estoy más torcéu qui un cacho—dijo componiéndose el sombrero.

—Agora sí, señores: éstu está como dali á un zoncho. Va el volao! Y suavemente deslizó su bola, la que al golpear la contraria derribó el palillo.

—Mesa!—cantó sonriente el billarero, al mismo tiempo que recogió los dieces de los perdidosos y sacó las cuentas en un santiamén Coja, Casimiro, esos dos riales q'en est' iba la chinga.

Y así siguieron por más de una hora... con sus bromas y sus risas... con sus chistes y algazaras.

* *

—Vamos á entreteneños un rato con el dominó—dijo otro de los de la barra, tirando de los *lagartillos*, á dos de sus compañeros.

—Güeno, vamos—anuentes contestaron.

Y se escurrieron los tres por un zaguancillo estrecho, que daba á un cuarto más sucio que la misma tierra.

Allí se sentaron al rededor de una mesa circular, y ya uno de ellos barajaba el dominó, cuando se introdujo un concho de pelo crespo y ensortijado.

—Hol' Ustaquio, qué contás de

nuevo? ...—dijeron á una voz los que jugaban.

—Muncho nuevo, muchachos;—contestó sentándose con ellos.

—Qué jué! ... qui ha pasao? .. preguntó con su boca y su mirada el más jovencillo de todos.

Pos oigan:—comenzó pausadamente, al mismo tiempo que tiró la cuecha que mascaba, en un rincón del cuartuchillo. Ustedes y' han sabíu que Lico, el de Ña Chica, es el preferío de Guaría; pero don Alturo, el únic' hijo del dueño de la jinca que manija Ñor José, li ha echao el ojo desde días y ahí lu hemos tenío cuasi todas las semanas güelt' una mona con ella.

—Pero Guaría lo desprecea ... dijo el más bajillo de los jugadores.

—Así pasú al principio—siguió contando Eustaquio. Pero quién sabe qué vieja arcagüetona si ha metío en est' enredo, porq' entuavía nu hacen muchos días que los vide babiando en el artosano de l'Ermíta.

—Y quién será esa pécora—interrogó Pascual Miranda:—esa vieja tan chollada q' es capáz di hacer esas aiciones, teniendo entendío que cuando los levudos vienen á los campos, jurgan pa tuiticos laos para ver si se pasean en cualisquier muchacha! ...

—A mí naide me quita—contestole Eustaquio—que de la que se vale don Alturo es d'esa vieja negrilla que vino dend' Escasú, y q' es que icen qui hace bebedizos y cigarros einamoradores..

—Per' Ustaquio—volvió á decir Pascual. Tomá mi mano que sé de positivo que Guaría .. ya no tiene naitica con don Alturo. Vos sabés q' el tata d'ella se pus' un poquillo arisco con las vesitas tan seguidas del hijo é su patrón, y lo premeritico q' hizo jué abriselas p' onde el Cura y se lo contó tuitico.

—Y el Cura, qué le iría? ..

—Que tuviera *munchísimo* cuidao con don Alturo.... Q' esos endevidos de la sui tá, quieren á las del campo pa solo desgracías... Y el probe Ñor José s'esconsoló com' una Magalena, pos q' el muy tontico creyía q' iba á casar su Guarilla con el hijo é su patrón.

—Y qué arguloso se golvío el indino! ...—siguió en su cuento Eustaquio. Ya con trabajos se li oyían los "güenos días"... Le repunaban hasta los piones que trabajan en la jinca... Al probe Lico li hacía una cara.... y no jué solu eso, si no qui una tarde le ijo que no golviera.

—Pero agora es otro, verdá?.... —dijo el jovencillo. Quién sabe qui otras cosas el Cura le refleicionó, porq' en un icir amén... se puso muy güeno con Lico.

De verdá!—exclamó Pascual. Yu he sabío que se casan... y se casan dentro é mes y medio.

—Positivo!—afirmole Eustaquio. Y lo que agora quiero contaes es lo nuevo que les traiba.

Y encendió la *chinga*, que acurrucadita tras su oreja izquierda, desde esa tarde dormía.

—Pos señores—dijo después de una pausa. Lico y Guaría están einamorados. Ella no li hace caso á don Alturo, porq' es más viva que su tata y no quiere—asina no más—dejase coger de mona. A tuiticos los que la rondaban di aquí del barrio, los hizo retirase sin tan siquiera enojalos: ella es muy noblecita y muy güena; y Lico, qui ha sío el gallu é patio, es un muchachillo que si acuesta muy temprano y qui á naide li hace mal: p'al trabajo, es más valiente qui un güey; no juega ni bebe; su guitarra y sus tonadas es l'único que lu alegran. Por eso es que Guaría lo quiere. Pero agora con lo que li ha pasao al probe... quién sabe... quién sabe si l' olvidará.....

—Qué li ha sucedido?—los tres en coro exclamaron

—Pos que Lico... p' hacer pisto pa casase, le arquiló á Ña Sebastiana el trapiche q'ella tiene, con l' intinción de moler un cañalillo que Ña Chica li osequió. Y y' hacen muchos días que con los pájaros madruga... y coge pa su trabajo ... muy dichoso y muy contento.

Per' hoy, cuando las campanas de l' Ermita repicaban á las dos, es icir, cuando estaba ese aguacero q' era un gusto velo por arborotao, le vino la sal á Lico... y en un persinase apenas y en un conjisgao escuido... le molieron una mano los celindros del trapiche.

—Probrecito, probrecito! ... prurumpieron los oyentes, escondiendo las miradas en sus manos tan callosas.

—Vamos tuiticos á velo—dijo Pascual Miranda. Qui aflicción pa su mami!

—Güeno, vamos—contestaron todos.

—Unque ya yo lo vide... voy ir por acompañalos —dijo Eustaquio poniéndose de piés.

—Cual mano jué la molida?—preguntó Cirilo, que así se llamaba el más bajillo.

—Jué la zurda... Y por eso les icía cuantá que quién sabe pa que Guaria se resine agora á casase... á casase con el manco... con el manco é Lico. Ella q' es tan argulosilla!...

—S' istá einamorada... se casa, unque la gente l'emporre—dijo el jovencillo, haciendo á un lado el cajón en que estaba sentado.

—Pero vamos, vamos á priesa á velo—dijo Pascual en un suspiro, al mismo tiempo que acomodaba cuidadosamente el dominó.

—Güeno, vamos... vamos pronto. Y los cuatro campesinos—un tanto emocionados—se dirigieron á la vivienda... á la vivienda de Lico.

La luna llena se salió de entre unas nubes para blanquearles el camino... para empaparles las mejillas en la leche de sus senos ...

III

—Qui hace, Guaria!... Pase pendiente—dijo Ña Chica, con más tristeza en la mirada que un Cristo atado á la columna.

—Muchas gracias — contestole Guaria en un abrazo.

Y agregó después:

—Viera qué susirio mi ha cojío den-de que supe la contingencia qui á Lico li ha pasao! ...

—Ay hija!... y yo que lo vide con la manu hech'un güesero... qui hasta que me s'escalofrió l' espalda ... y á lágrima viva lloré, porque no podía aguantame! ...

—Sea por Dios Ña Chica!

—Hay que conjormase con lo q' el Señor hoy manda!... Y exhaló un suspiro muy hondo... muy hondo... Pero éntre, Guaria, pa que lo vea. Si ha jalao un poquitillo con la sangre que le salió.

Y vieja y joven—en un abrazo estrecho—se fueron al cuarto en donde estaba Lico.

—Ay Guarilla!... creyí que nu ibas á venir por estos laos—dijo Lico incorporándose en su tizereta.

Y confundieron sus miradas en el océano de sus congostas ...

Y fué una mirada... tan larga como el Nilo; y tan triste... tan infinitamente triste... como un nocturno chopiniano ...

—Q' empeño, Lico, lo que ti ha pasao!—murmuró muy quedo Guaria, los ojos enjugándose con su rebocito crema. Entuavía te duele mucho?..

—Agorita estaba sintiend' unos ce-tazos muy juertes... peru ende qui oyí tu pronuncia se mi han calmao

Y compúsose el pañuelo, que ha-

iendo un nudo en la nuca, el antebrazo de su mano izquierda levantado mantenía.

—Sentate en ese banquillo—le dijo después á Guarita.

—Y cómo te pasó la contingencia?... ella le interrogó sentándose su lado.

—Pus q' estaba muy distraído arreostao en las masas, descansando un poquito, cuando el chacalín de mana hepá tir' un montón de vagazo ceruitica de los güeyes, q' estaban en la vía y se pegaos á la vara del volante... por supuesto, si asustaron, porq' esos güeyitos que tengo más chucaros que si han güelto que las mismas pulgas. Entonce los celindros—como tapan las de caimán—me pescaron á un tiempo los dedos y endespués la mano; y tuitico el brazo si hubieran jaro, si nu es por Merengildo, q' estuvo en el auto á gesalos mucho más listo que una chiza.

—Dios lu haga un santo!—exclamó Guarita.

—Lo premeritico de que mi acordé me siguió cantando Lico—jué de vos mi guitarra: de mi guitarra.... porq' ahí se quedará guindando.... siempre pa siempre sin que le güelva á sacar un sonijo... ¡Ya no hay dedos puntiala!... Y de vos.... porq' es en la creyenza, de que manco Guarita... muy prontico... muy pronto me vas á cambiar por otro....

Dijo estas frases con amargura y licadeza tanta, que Guarita y la vieja se deshicieron en copioso llanto.

—Por qué mi ofendés asina?... inrogole Guarita en un suspiro. Me es muy orgullosa y muy coqueta...

—No, Lico; Guarita no ti olvidará interrumpió Ña Chica.—Ella es muy noble y muy güena.

—Sí, Lico; no ti olvidaré: con lo que ti ha pasao... te quiero mucho Guarita. Si con vos me comprometí á ca-

same el quince del entrante, con seguridad que lu haré, porque dende que te conozco, has sfo siempre un ángel con tu mamita y con yo. Y asina mancuí todo, nu hay uno aquí en el barrio, q' en l' honrao y lo valiente te llegue á la cintura.

—Eso sí, Guarilla. Yo no me siento amuinao porque me falta una mano; y es que p'al trabajo... es mucha mi voluntá. Si me se cayera l'otra, naide yo qui hasta con los dientes ganaría la plata, pa la mantención de vos y mama.

—Dios á naide le falta!—dijeron las dos á un tiempo.

—Güeno, Lico; yo me voy, porque me vine zafada: en la tarde golveré. Dios quiera que prontico te se alivie!...

—Aspérese, Guarita, y se toma un traguito é café.

—Muchas gracias, Ña Chica. Es que tengo q'ime á moler un balde é maíz.

—Entonce se lo dejo pa la tarde...

—Mas bien, Ña Chica—contestole componiéndose el rebozo.

—Güeno Lico, hasta la tarde!...

—Adiós, Guarilla. Muchas gracias por la vesita.

Y la muchachuela—más hermosa que los ramos de las frescas eglantinas—fuese hasta la calle del brazo de su suegra.

—Adiós, Guarita; que le vaye bien—díjole ésta con unos golpecitos en la espalda.

—Güeno. Hasta la tarde....

Y á pasitos tan menudos cual si fuera una yuré, se alejó la bella niña suspirando de pesar!....

Y Lico—solillo allá en su cuarto—sollozaba por su mano.... por su mano ya perdida; lleno el corazón de dudas.... llena el alma de congojas!....

IV

Lenta... muy lentamente para los deseos de Lico, desfiló una caravana de días interminables....

Faltábanle sólo diez auroras para su casorio.... para su casorio tan ansiado....

Y ahora más que nunca, las sombras de una duda horrible le ennegrecían el pensamiento.

Ya su novia—Guaria—no era la misma de antes.... El notó con una desesperación sin límites, que ni si quiera se alegraba cuando estaba al lado suyo; que sus suspiros y sonrisas—cual blanquinegras golondrinas—para siempre se escaparon en persecución de otras ternuras.

—Maldita sea mi sino!....—exclamaba estrujando en los dedos de su mano buena, todo el lío de sus angustias... A yo la suerte me juye....

Y no hallaba qué hacer el pobrecillo....

Casi todas las noches—con amargura infinita—le decía muy quedo á Guaria, que él no podía vivir anegado en tanta duda.... que francamente lo desengañara....

Pero ella le contestaba que no fuera tan tontico; que ya era un hecho el compromiso y que pronto.... muy pronto se desposarían.

Y no quedaba conforme con las frases de su amada, porque—con razón—le parecía que si se casaba con él, únicamente lo haría por cumplir el compromiso.... por no enojar á su tata....

Y entonces era cuando se alejaba lenta... muy lentamente á su chocilla, como un dr medario perdido en el océano de las arenas.... con su fardo de amarguras.... con su carga de congojas!....

Y pensaba en don Arturo y en la influencia del dinero....

Por otra parte, éi había sabido—

por boca de su madrecita—que Guaria se vivía encerrada, porque si á la calle salía, la atarantaban á burlas sus despechados y antiguos pretendientes. Ellos—en sarcasmos é indirectas—le querían decir que cómo era posible que una muchacha tan linda... mirara con amor á un manco.

Y ella también sufría!...

Ñor José—su padre—de muy buena gana hubiera querido acortar el plazo del matrimonio; ¡Tanto lo espantaron las advertencias del Cura!...

Y el pobre viejecillo, por momentos se imaginaba á su hija en la desgracia.... por siempre hundida en los estercoleros de la prostitución.... Y todo por don Arturo.... á quien nada, nada podía decir.... por respeto... y por miseria....

Oh, la pobreza!.... la pobreza con su séquito de obligaciones!....

V

Esa tarde... tarde de verano incrustadita en el invierno, había venido don Arturo á la finca de su padre.

Dió la casualidad de que Ñor José no estaba en casa; pues que aprovechando el tiempo bueno, se fué corriendo rumbo á los repastos á darle sal á los novillos.

Guaria, sentada en el corredor de su vivienda, entretenida limpiaba á perolillo de frijoles.

—Cómo están por aquí?... —dijo don Arturo apeándose de su *peruano*.

—Tuiticos bien, don Arturo—contestóle Guaria haciendo el perolillo á un lado. Ya usted se había perdido....

—Nó, Guarita; es que esas lluvias no dejan salir á nadie.

—Demetrio, Demetrio.... vení me tele el peruano á don Arturo—gritó Guaria á grandes voces.

Y cual si fuera un venadillo, salió su hermano corriendo.

—Onde lo llevo, don Alturo: á la cuadra ú al potrero? . . .

—Mejor llevalo á la cuadra, porque muy temprano tengo que irme.

Y un tantillo temeroso, lo tomó del freno el gamín, y se lo llevó á la cuadra, silvándose un aire del barrio.

—Y que me contás de nuevo, Guarita? . . . —interrogola Arturo sentándose á su lado.

—De nuevo . . . náutica. Sólo que tata se jué pa los repastos á dale sal á las vaquillas, y hasta la noche golverá.

—Y cuando nos comeremos tu fiestón? . . .

—P'al viernes de l'otra semana, si el Señor los tiene güenos.

—Pero porqué decís eso con la cara tan tristoná . . .

—Porque . . . porque . . . aspéreme un momentico, mientras voy á la cocina á dejar estos frisoles.

Y una vez que estuvo sólo, se relajó del gusto, y para sus adentros dijo: "la cosa se pone buena: está solita en su casa . . . y no me costará ningún esfuerzo hacerla caer en mis redes".

—Si usted viera qué tamaña q'está la botica qui usted me regaló pa la Semana Santa! . . . Ya como que quiere habilitase l'indina . . . —dijo Guarita volviendo al corredor.

—Deveras? Cuánto me alegre, chiquilla . . . Querés que vayamos á ver? . . . Con eso le daré una vuelta á las milpillás y á los frijolares . . .

—Güeno vamos, don Alturo.

Y se fué á la sala y descolgó su palma, que estaba cerca de un San Francisco de Asís. Se lo arregló con coquetería . . . y se fué á la par de Arturo.

Pronto llegaron al sitio, en donde alegremente pastaba la ternerilla de Guarita.

—Deveras que está tamaña! . . . —dijo Arturo, raspándose con la

tachona, los pringues de lodo de sus polainas.

—Qué linda q'está la tarde! . . . Mire aquéllo don Alturo: pareci un artar de Corpos—dijo la aldeanita, señalando con su brazo una estratificación de celajes.

—En verdad que son contadas en invierno las preciosas tardes. Esta la pasaremos bien . . . Vamos por aquí Guarita.

Y pasando por una tranquera de cañas—un poco carcomidas—siguieron muy juntitos por una callecilla estrecha, de césped alombrada.

—Qué es lo que te pasa que tan triste estás! . . . —dijole Arturo á Guarita después de una larga pausa. Es acaso que cuando se está cerca del matrimonio, se entristece el alma? . . .

—Nu es eso don Alturo: es que dende que le pasú esa contingencia á Lico, me si ha ido apagando el querer que le tenía. Es que chongo . . . sin una mano . . . ya no me gusta. Si usted viera las indireutas que mi aflojan cuando salgu algún mandao . . .

—Es una lástima en verdad, que vos tan linda y tan corronga, te vayas á casar con ese manco . . . con ese Lico . . .

—Y tengo que hacerlo por dale gusto á tata, q'está muy asustao con lo que li han decío di usted.

—Y qué le han dicho á Ñor José? . . .

—Una porcia é cosas . . . Q'es qui usted no me quiere á yo con güenas intinciones.

—Va me imaginaba yo que irían á decir todo eso . . .

—Com'usted nu es de mi linia . . .

—Pero eso no importa nada: yo te quiero con toda mi alma y nadie . . . nadie puede decirme que no te adore . . . Es que tenés unos labios . . . más rojos que las mismas amapolas. ¡Si hasta que provocan! . . .

Y le pasó la mano por debajo de la barba.

—Dejese don Alturo—dijo con asombro Guarita.

—Es que esos ojos tuyos.... le dicen á uno muchas cosas.... Qué cuerpecito tenés, tan bello y tan bien formado.... Dejame acariciarte esos colochos....

Y le llevó una mano tras la nuca y con la lujuria de la voluptuosidad, mezole los cabellos—unas crenchas abundantes y ennochecidas.

Guarita se separó asustada diciendo:

—Nu hagueso don Alturo!..... Yo me degüelvo....

—No seás tan tonta, chiquilla. Sentémonos un rato sobre ese tronco seco; es muy temprano todavía....

Y la tomó de un brazo... y casi á la fuerza la sentó á su lado.

—Si vieras, encanto, lo que te quiero.... lo que te adoro....

Y como inconscientemente le oprimió una mano.

—Tánto que he sufrido con la noticia de tu casamiento!.... Ya las alegrías.... por siempre me abandonarán... Qué tristeza Guarita... qué tristeza!....

Y cómicamente se llevó á los ojos un pañuelo.

—Deberas usté me quiere, don Alturo?—hablale Guarita con una voccecita.... que temblaba de emoción en su garganta.

—Con todo el corazón; y lo que más me duele.... es que ya no podré volver por estos lados....

—Y por qué.... por qué don Alturo?....

—Porque me daría vergüenza.... y mucha compasión.... el verte de esposa de un manco.... de un hombrecillo que te ha de tener por siempre en la miseria... Y yo que pensaba darte una vida.... así como la de los ricos: vistiéndote de seda, con zapati-

litas blancas, con pañolones bordados.... en fin.... con todo el lujo de que es capaz mi dinero.

—Per'usté no se casa con yo....—dijole Guarita envolviéndolo en la negrura de sus ojazos.

—Sí, linda: si me caso.... Por esvine á verte.

Y sacó del secreto bolsillo de su chaqueta, un paquetito que era no más un pañuelo, cuidadosamente envuelto en dos billetes de banco.

—Fijate Guarita, en esto que traigo en el bolsillo: son como tres mil colones que están á la orden tuya. Mi papá—siguió diciendo Arturo con la comiquez de un Frégoli—no quiere que con vos me case.... Pero yo estoy dispuesto á todo:—Si me querés como te quiero.... nos vamos á la media noche.... lejos, muy lejos de aquí. Yo traje otro peruano con montura de mujer.... para en caso de que aceptés....

—Por vida suya, don Alturo, no mi hable d'esas cosas.... Yo lo quiero mucho... muchísimo, pero dejar á tata y los chiquillos, sol'ingrimos en casa.... eso... eso no lu haré en jamás.

—Mirá, Guarita: vos te asustás de todo. Ñor José no está muy viejo, y es seguro que se volverá á casar; y vos—de entenada—muy triste pasarás la vida. Y hay otra cosa también: nosotros no nos vamos para siempre; cuando nos perdonen nuestros padres.... nos vendremos á vivir juntitos—ya casados—en alguna finca de papá. Con que.... aceptás?....

—Ay nó, don Alturo—dijo escondiendo el rostro entre sus manos.

—Entonces, adiós... adiós para siempre: que la pasés muy feliz con tu manco.... con tu despreciable manco....

Y se puso de piés ardiendo en ira.

—Tan ingrato, don Alturo!.... No se vaye.... no se vaye!....

—Sí, Guaría, sí me voy... Creí que me querías siquiera un poquitito, ... y me engañé medio á medio.

—Usted no sabe tuitico lo que lo quiero!....

Y se deshizo en lágrimas... unas lágrimas ardientes, que sediento se tragaba el delantal.

Arturo entonces—hombre encanecido en esta laya de lances—se aprovechó de la voluptuosa excitación de Guaría, para acariciarla sin oposición.

Y la pobre Guaría ardía: la sangre se le agolpó á las sienes... con violentas palpitaciones; se le inflaba el pecho á ratos, y entonces era cuando los suspiros la querían ahogar.

—Estás dispuesta á todo?... —dijo Arturo acurrucando la cabeza en el hombro de la conchita.

Y ella titubando—cual si fuera un polluelito tirado á la intemperie—le contestó con una voz tan tierna como su delicada almita:

—Pero no mi abandonaré!....

—Nunca, Guarita, nunca;... con que... á las doce en punto, aquí mismo... en esta calle.

—Sí, don Alturo... á las doce... cuando suenen el l'Ermita...

—Cuántas gracias, linda!....

Y la besó en la boca.....

En ese instante—por sobre sus cabezas—pasó un zopilote en rauda vuelo... proyectando con sus negras alas una sombra fatídica en el césped!.....

VI

Con los arreboles de la aurora, la gentil naturaleza despertaba de su ensueño.

Tras la casa de Ñor José, todo era ruido... todo era bulla....

Ya los gallos y gallinas, se apeaban ágilmente del cuajiniquil en que dormían.

En el chiquero—dos hermosos cer-

dos—pedían con sus gruñidos algo para sus estómagos.

Junto á la tranca—un chompipe armado—miraba con soberbia y con orgullo á las gallinas... que en busca de algún granillo que llevar al buche, se le acercaban inconscientemente.

—Levantémoslos, José María: que tenemos q'esyerbar la güerta—dijo allá en su cuarto el mayorcito de Ñor José, sacudiendo á su menor hermano quien en su misma cama dormía.

—Güeno, Metrio.

Y los dos chiquillos—bostezando—pusieron pie en el suelo. Se sujetaron los calzones con una fajilla de cuero y á la cocina se fueron á pedirle el café á su hermana.

Pero la cocina estaba sola....

El fogón estaba muerto....

—Qué Guaría más arriada!.... No si ha levanta entuavía.... —habló Demetrio restregándose los ojos.

—Peru esta puerta l'han abierto!... Nu hay ni merma de que Guaría está en el yurro,—interrumpióle su hermanillo al mismo tiempo que la empujaba.

—Andá vos, José María, á ver s'istá en el yurro... y yo me voy al cuarto á despertala... por si acaso está privada.

Y se fueron ambos en distintas direcciones.....

José María, en un instante, le dió la vuelta al yurro... y regresó muy pronto á la cocina.

—Metrio: nu está en el yurro....

—Y nu está tampoco en el cuarto!... contestóle Demetrio.

Y casi los dos á un tiempo, cruzándose de brazos exclamaron con asombro:

—Onde si habrá metío?....

Y se quedaron pensativos bajo el ala del silencio....

—Vamos á buscala—dijo Demetrio tirando de un brazo á su hermanito.

—Güeno, vamos; pero andá vete vos á la milpa gu al cafetal... q'en talvez se jué á cortar una *candela* pa las tortillas. Y yo me las caíteo pa la calle... por si la jallu en la vecindá.

Y así lo hicieron.

Demetrio—como por álguien perseguido—salió corriendo al cafetal; de allí pasó á la milpa y después al frijolar.

Y el enanillo de José María, no dejó vivienda en donde no se coló, preguntando por su hermana.

Pero no la hallaron en ninguna parte...

Y entonces, en puntillas, se fueron al cuarto en el que Ñor José dormía.

Roncaba el viejo... y por su rostro vagaba una sonrisa; la de algún dichoso sueño... talvez con Guariá con su hija—contemplándola con su vestidito blanco... coronada de azahares... más bella que una aurora....

—Tata, tata... habló Demetrio como con una vos de moribundo.

—Qué querés, hijó—dijo Ñor José despezrezándose.

—Que Guariá nu est' en la casa...

—Cómo, cómo ícís!... —preguntóle lleno de espanto.

Q'est' el jugón apagao... y no la jallamos en ninguna parte...

Y con los ojos desmesuradamente abiertos, y horrorizando con su nerviosidad, saltó de la cama el pobre viejo.

Se medio puso el pantalón... y salió á la carrera diciendo:

—Vamos... vamos hijos á buscala... ..

Y con el cabello alborotado y desfiguradas las facciones cual si fuera un triste loco, recorrió todito el yurro; luego las milpas y cafetales... llamando á su hija con fuertes y desesperadas voces.

Y al potrero llegó—jadeante y sudoroso—después de un cuarto de hora de consecutivo correr.

Y allí siguió gritando... cada vez más triste... cada vez más ronco...

--Gariaaaaaá!... Guariaaaaaá!...

Y se quedaba... se quedaba silencioso... con la esperanza de oír una contestación.

—Tata, tata... Allá en el bajo como que responde—dijo José María limpiándose con la manga de su camiseta el copiosísimo sudor que destilaban sus mejillas.

—Guariaaaaaá!... Guariaaaaaá!... —volvió á llamar más recio el enloquecido Ñor José.

—Deveras que si oye: aaaaaá!... aaaaaá!... —habló Demetrio, más alegre que un ternerillo prendido de las tetas de una vaca.

Y en los rostros de los tres sufrientes... se colgaron hacecillos de esperanzas...

—Vamos... vamos á trela... —dijeron todos al tiempo.

Y con un impulso que aterraba, bajaron y ascendieron unas *montañas rusas* del potrero.

Y llegaron á una cumbre...

Pero nada... nada vieron las pupilas siempre abiertas de los tristes peregrinos...

—Guariaaaaaá!... Guariaaaaaá!... gritaron otra vez más fuerte.

—Aaaaaá!... aaaaaá!... —volvió á contestar á lo lejos—como u girón de amargura prendido en el pacio—la misma nota de antes... la misma satánica burla...

Y bajaron y ascendieron... esta vez con más impulso.

Y llegaron á otra cumbre...

Pero nada... nada vieron las pupilas siempre abiertas de los pobres peregrinos...

—Guariaaaaaá!... Guariaaaaaá!... —volvieron á gritar enronquecidos.

—Aaaaaá! aaaaaá! —
contestó otra vez la nota... la mis-
ma nota de antes

—Veniiiiii! veniiiiii!

—Iiiiiii! iiiiiii! —y de esta
vez se oyó más bajo.

—Por Dooooooss! Por Dooooooss!

—Oooooó!! oooooó!! —con-
testaron

—Maldita sea! si lo que si oye . .
son los mismos gritos de nojotros . . .

—dijo Ñor José con una amargura
infinita Nu hay caso! Nu
hay caso!

Y se revolcó desesperado en las al-
fombras del potrero.

—Vámoslos vámoslos á casa . .

—habló en sollozos después de un
rato de revolcarse

Y se regusaron lenta muy
lentamente cual camellos del de-
sierto balanceando sus congo-
jas y rumiando sus nostalgias

Q'empoño, por María Santísima! . . .

—dijo ya sentado en la cocina el po-
bre viejo.

Y espació su mirada á todos lados:

—Y vió el fogón sin una brasa;
sobre el moledero, los trastos ordena-
ditos por su hijita tan querida;

en la mesa de comer, las dos tina-
jas en las que *juntaba* el agua
del yurro; la escoba de palma en
un rincón con la que diariamente
baría los cuartos, la sala y la cocina;

.. y colgando de unos ganchos,
hechos de orquetillas de guayabo, el
borrador y los canastos la
cena y la manteca.

Todo todo le recordó á su Gua-
ria Y entonces fué cuando rom-
pió á llorar en ayes lastimeros.

—Ah Guaria! ah Guaria, tan

ingrata! Qué sol'ingrimos q'esta-
mos por tu mala aición! —dijo
sollozando y con vos entrecortada.

Y se le acercaron sus hijitos lloran-
do á lágrima viva.

—Pero tata: si Guaria no si ha
muerto q'in sabe ponde cogió

Debe de golver más tarde —dijo
el mayorcillo limpiándose las lágrimas.

—Nó, hijito—contestóle Ñor José,
sentando en ambas piernas á Demetrio
y José María. Guaria ya se mu-
rió pa nojotros se la robó don
Alturo

Y no había concluido siquiera las
últimas palabras, cuando en gritos es-
pantosos—llamando á Guaria—se des-
hicieron los chiquillos.

De pronto se oyeron pasos
en la sala.

Era Lico, quien iba con rumbo á
su trabajo, y al escuchar los lamentos
en la casa de su suegro, por la puerta
de la calle sigilosamente se coló.

Y á la cocina llegó en puntillas—
preso de un terror horrible.

—Lico, Lico —dijo el vieje-
cito tirándosele al cuello.—Guaria . . .
Guaria se los jué!

Y tristísimo enmudecido por la
pena EL POBRE MANCO se abra-
zó á su suegro y prorrumpió en so-
llozos en sollozos lastimeros

Y entonces los dos chiquillos—cual
garrapatas se prendieron de las pier-
nas de ambos, y aquella trensa huma-
na—desbordante de amargura—se
barboleó al compás de un solo grito:

el justo grito de las almas buenas
lanzado al rostro de las almas viles! . . .

KLAUDIO KLAUDELIN